

Julio Tovar



CRÓNICA DE UNA CALLE TRANQUILA

EDICIONES GACETA SEMANAL DE LAS ARTES

$$\frac{2-0}{3a}$$

CRÓNICA DE UNA CALLE TRANQUILA

Colección GACETA SEMANAL DE LAS ARTES

Colección GACETA SEMANAL DE LAS ARTES

- 1. MANUEL CASTAÑEDA: *Hombre en pie de victoria***
- 2. JULIO TOVAR: *Crónica de una calle tranquila***

Dibujo de la portada: ENRIQUE LITE

JULIO TOVAR

**CRÓNICA DE UNA
CALLE TRANQUILA**

Ediciones GACETA SEMANAL DE LAS ARTES

1960

DEPÓSITO LEGAL:
TF. Número 136. Año 1960

CRÓNICA DE UNA CALLE TRANQUILA

La calle es estrecha. Las casas pequeñas, de una sola planta. En verano las vecinas sacan sus sillas a las aceras y charlan hasta ya entrada la medianoche. La calle tiene mucho de patio de vecindad, con una intimidad asomada a las ventanas abiertas, dejando ver el sueño de los niños, la duermevela de los hombres que llegan a casa rendidos del trabajo y tardan en dormirse. A veces, cuando sopla el levante, la calle se llena de papeles sucios, de tierra, de hojas de árboles que no se sabe cómo han podido llegar hasta aquí. El perfume de la calle es indeterminado por vario: al mediodía acre, a fritangas, a guisos de malos aceites; al anochecer, por el tiempo en que florecen los dondiegos de noche, cálido, casi sensual, y, ya a la madrugada se va perdiendo todo olor y la calle, como los hombres, parece sumirse en un sueño inquieto de sombras. La luz de esta calle es dorada en los atardeceres, como una luz profunda, humanizada, del otoño; como una pátina que va envolviéndolo todo y lo llena de misterio, de cierto encanto trasnochado de vieja estampa romántica.

Hoy es una noche de comienzos de primavera. La taberna de la esquina ha cerrado sus puertas. Pasa un hombre borracho —el último parroquiano de la noche—

arrastrando penosamente los pies. La pareja de guardias —la que está de servicio en el barrio— comienza ya su ronda. Se oyen sus pasos sobre el pavimento de la calzada. Permanecen callados durante mucho tiempo, sin decirse nada y, cuando hablan, lo hacen bajo, con temor, como si se fueran a despertar las sombras con sus palabras. El silencio les sirve para irse metiendo en el mundo de sus preocupaciones. La noche comienza tranquila. Juan es un guardia joven y charlatán, por eso no le agrada este compañero de hoy. A Juan le gusta el fútbol, el cante y las mujeres alegres. Tiene bastante éxito con esta clase de mujeres. Y de estas cosas siempre se puede hablar con un compañero de servicio. Daniel es algo viejo, tiene cerca de sesenta años y aún puede andar mucho sin cansarse demasiado. La familia le es agradecida. Todos trabajan en casa y va ahorrando sus buenas pesetas. Esto para una enfermedad, para no sentirse vivir, ya inútil, de la caridad ni de los seguros. Las cuatro hijas están solteras todavía. A María, la mayor, la salió un novio tarambana que la traía por la calle de la amargura, pero ya todo pasó y él se alegra de que haya ocurrido a tiempo. Así es mejor —lo ha pensado muchas veces—. Cuando una mujer trabaja no tiene por qué aguantar a ningún hombre; eso se deja para tantas señoritas “litre” que no llevan al matrimonio nada más que su virginidad o sus *estúpidos melindres*. A Daniel le hubiera gustado tener un hijo, es más, lo deseó con todo ahinco. Por él fué y ya lo ven ustedes: cuatro hijas le ha dado el Señor por este camino...

Esta es una calle silenciosa. Apenas si ocurre nada. Algunas veces las disputas del matrimonio que habita la segunda casa, junto a la taberna. Cosas de matrimonio: “Tú eres un hombre enfermo del estómago y debes cuidarte. No por mí —yo me sé ganar la vida— por los hijos, hombre, que aún son pequeños”. Y a Miguel se le enferma el hígado y no lo soporta más. Chi-

CRÓNICA DE UNA CALLE TRANQUILA

lla, grita hasta enronquecer y da puñetazos sobre la mesa, contra las paredes y, algunas veces, ocurre poco, por fortuna, en la cara de su mujer. Los vecinos no se preocupan mucho por estas cosas, saben que entre marido y mujer no han de entrometerse. La alcoba —es un viejo refrán— arregla muchas cosas.

También rompe el silencio de la calle el llanto de los niños. Son los mellizos de doña Raquel que andan por la dentición y tardan en dormirse. O la tos del chico de la taberna, que duerme en un mal jergón de crin junto al mostrador. Cuando vino del pueblo a servir (de esto hace ya algunos meses), tenía la color rosada como la de una doncella, el cuerpo fuerte; pero el cigarro, o el mucho trabajo y el poco comer, o sus largas noches de castidad obligada, le han ido secando los cueros y le han dejado esta tos que no se le va ni con el vaso de vino con yema de las mañanas, ni con el jarabe que, por unas pocas pesetas, compró en la farmacia de don Lucio y que tanto le recomendó el mancebo. Es raro este chico. Cuando en raras ocasiones llega alguna mujer a la taberna, le tiemblan las manos y se le hacen torpes las palabras y no sabe qué responder si le pide algo.

Doña Luisa, la señora que vive en el comienzo de la calle, está enferma. Doña Luisa tiene una habitación pintada de rojo, que huele a gatos, con flores de papel por todas partes. En vasos, en frascos vacíos de mermelada, formando un gran ramo sobre el cuadro de sus hijos. Los hijos —dos muchachos espigados, ennegrecidos de tanto sol— se le murieron de mala fiebre cuando la guerra, y la hija, cansada de tanto luto, de tanta flor de papel, de tanto funeral por el alma de sus hermanos, un día no lo aguantó más y dijo: “Madre, esto no lo soporto, es más fuerte que yo y no puedo aguantarlo. Grita si quieres, pero yo no sigo aquí”... Se quitó los trapos negros y se marchó con un mocetón rudo, unos años más joven que ella, que sólo sabía decir: “Tú me gus-

tas, Lola, me gustas mucho"... A la gente le dió por hablar: Que si la chica tan mona, tan fina y tan modosita. Que si no pensó en la madre, una señora ya mayor que había sufrido tanto. Que las chicas de hoy... Dígamelo usted a mí, doña Matilde, que tengo una sobrina a la que le pasó lo mismo, aunque, la verdad, mal no le ha ido. Claro que pudo hacerlo como se hacen estas cosas: con la bendición de los padres y sin pasar por detrás de la iglesia, pero... Sí, hoy las chicas no hacen sino su santa voluntad y a la familia que la parta un rayo.. ¡Pobre doña Luisa, quedarse tan sola cuando más necesitada estaba del cariño de su hijal...

Doña Luisa, después de esto, no salió más a la calle. Tenía una mandadera para la compra y el lavado de la ropa. Ella siempre estaba en casa. Se dice que pasaba las horas sentada, mirando los retratos de sus hijos. Doña Luisa, cuando ocurrió lo de su hija, estaba aún de buen ver. Bueno, esto lo dice don Agustín, un señor, funcionario del Ayuntamiento, solterón, que siempre había estado de paliques con ella. Don Agustín pensó en consolarla y se pasó por la casa más de una vez, pero un día la señora le puso en la calle y ya no se hablaron más.

Doña Luisa pasa ahora por malos momentos. Sí, el dinero no alcanza para nada. Esto se sabe por la mandadera, que lo ha dicho en la venta de don Paco, una mala tienda de barrio donde se vende todo a precio de oro. Don Paco es sordo —y las malas lenguas dicen que hasta ciego—. Tiene prohijada a una sobrina, algo entrada en carnes, que cuando llega algún cliente joven se le queda mirando con cara de tonta y se le insinúa de mala manera, mientras somríe estúpidamente a su tío. A la señora nadie se atreve a visitarla y la pobre se va consumiendo cada día más, pensando en los hijos que le llevó una mala fiebre y en la niña que sabe Dios por dónde andará. A veces, doña Luisa, piensa que si

CRÓNICA DE UNA CALLE TRANQUILA

volviera ella, la perdonaría. Y se imagina abuela, y le entran carantoñas de madre y sonríe, mientras dice: "Será rubio con los ojos verdes como mi hija Lola, y fuerte, muy fuerte, como mi pobre Andrés, que en santa gloria descansa"...

Junto a la casa de doña Luisa viven dos hermanas. Las dos solteras, de bastante buen ver y con mucha picardía en los ojos y en las palabras. En la calle apenas se las ve. Salen temprano al trabajo y llegan tarde a casa. La más pequeña tuvo un novio practicante que la dejó plantada con el ajuar de novia comprado. Trabajan en una oficina y deben ganarlo bien, porque siempre están estrenando nuevos trapos. Las vecinas saben que con las caras bonitas y con el modito que tienen, un día u otro les caerá novio, aunque ¡vaya usted a saber! ¡Se ha quedado tantas para vestir santos..!

Son nuevas en la calle. Antes, en esta casa vivió un viudo con dos niños pequeños. Los chiquillos se pasaban el día jugando en la calle con sus endiabladas pelotas. El padre era de natural tímido y apenas saludaba al pasar. Cuando le daban las quejas, por tanto cristal como rompían las criaturas, solía decir: "¿Y qué les voy a hacer yo? Se quedaron, los pobres, tan niños sin madre que yo no sé castigarlos, se me retuerce el corazón sólo de pensar que hubiera de hacerlo... Si mi santa Juanita viviera ya sería otra cosa". Y con estas palabras de disculpa, los niños seguían rompiendo cristales y quedándose más negros cada día de tanto sol como aguantaban los pobres angelitos sobre sus cueros.

La noche es tranquila, pero, hace apenas unas horas, en casa de don Martín, la gente reía y cantaba. A don Martín se le casó la hija y el hombre tiró la casa por la ventana. El novio es un hombre bastante formal, calvo, miope y con una tripita ridícula. Tiene sus pequeñas fincas y vive de una exigua renta, pasando sus apuros, sin trabajar. Siempre se le ve en los bares, toman-

do su café con leche, su cortadito o su copita de anís, o charlando con señorones que todo lo critican y no tienen aguante para soportar una mala hora. Don Martín tuvo una casa de huéspedes hace bastantes años. La gente murmura que de tanta mala comida, de tanto encoger la tripa para ahorrar unas malas pesetas, se le estropeó el estómago, se le metió el frío y por eso va siempre tan fajado. Tiene en su casa un perro y se va, los domingos, al monte a pasearlo.

Mercedes es una muchacha que, ya de mayor, cuando tenía catorce años y ya comenzaba a ser mujer y a gustarle los hombres, un día empezó a secársele una pierna. Tiene los ojos tristes y ojerosos. Toda la tarde se la pasa sentada a la ventana. Los hombres la miran al pasar y ella les sonríe. Luego, si se detienen a hablar, cierra la ventana y se la oye cantar desde adentro. Para esta muchacha, con sus veinte años y el pensamiento lleno de musarañas, todo lo que ocurre en la calle le es familiar. Ella sabe cuándo y porqué discuten los maridos, cuándo los niños son regañados por sisar en la compra, la intimidad de tantos hogares, los llantos y los apuros de las niñas que empiezan a ser mujer y se asustan de serlo. Todo lo sabe y todo lo adivina desde la ventana, no viviendo ella de tanto ver vivir a los demás.

Ahora la pareja pasa junto a su casa. Ella duerme en una cama pequeña de madera. La habitación, llena de muñecas y fotografías de galanes de cine, es extraña. Hay un olor tibio, suave, a limpieza. Mercedes no logra dormir esta noche. Se va metiendo por un mundo de paseos, de calles largas, de bailes, y camina sin la ayuda de sus muletas, sin estas otras dos piernas que descansan junto a ella, que todavía conservan su calor, el sudor de sus manos, estas manos que cada día se agarran con más fuerza, con más temor. Y, de pronto, sus propios pensamientos la hacen llorar. Lloro con rabia, con una angustia que, ella misma, no llega a entender.

CRÓNICA DE UNA CALLE TRANQUILA

Daniel se ha detenido y escucha el llanto de Mercedes, Juan se apoya en la pared, enciende un cigarrillo y le pregunta:

—¿Qué ocurre? ¿Por qué te paras, es que te encuentras mal?

—No sé, me parece haber escuchado un grito, como si alguien gritara de dolor, no lo sé... Creo que esta noche no será tranquila...

—¿Qué pudo ocurrir? Será algún perro; los perros cuando lloran parecen personas. Anda, sigamos...

Acaso Daniel pueda entender este llanto. Juan, no. Juan es charlatán, le gusta el cante y las mujeres alegres. Pero Daniel tiene una familia, cuatro hijas le ha dado el Señor, cuatro hijas, y a la mayor le salió un novio tarambana...

Mercedes, desde la cama ha oído las palabras. Enciende la luz. Las sombras de las muñecas en las paredes y los rostros sonrientes —de sonrisa semejante en todos los labios— le espantan y tiene ganas de gritar. Gritar toda su amargura, toda la tristeza de su pierna lisiada que no podrá caminar por paseos de domingos, ni bailar al compás de una canción cualquiera. Y piensa en lo mismo. ¡Si ella tuviese valor! Pero se asusta de su propio pensamiento. Bastaría nada más que el tubo de aspirina en un vaso de agua, luego... No, no podrá hacerlo. Nunca tendrá el valor, o la cobardía de hacerlo. Ella tiene una pierna inútil y no habrán tardes de domingos, ni bailes, ni paseos bajo los árboles; solamente una ventana y unas muletas; o fotografías de hombres sonrientes, de hombres que solamente ha visto en las pantallas de los cines, sintiéndose siempre asistida, sintiéndose siempre muy sola...

—Creo, Juan, que me equivoqué. Seguramente fué un perro, o un niño. A veces los niños cuando lloran tienen el mismo quejido de los perros. Tonterías, a esta ho-

JULIO TOVAR

ra uno no dice sino tonterías. Anda, vamos. Esta es una calle tranquila, como esta misma noche..

Realmente esta es una calle tranquila donde nunca pasa nada. Una mujer que sufre, unos niños que lloran de dolor o de miedo, un hombre que tarda en dormirse porque le domina la miseria, un matrimonio que comienza a vivir una nueva vida, una muchacha con una pierna lisiada, un chico que tose... Sí, realmente esta es una calle donde jamás ocurre nada.

LA CALLE Y EL CAMINO

Calle de... ¿Señor, cuál es el nombre de esta calle? Lejos, en el pueblo, comienzan a llenarse de flores las jacarandas Pero esta calle es larga y el pecho se agita de cansancio; el corazón golpea fuertemente y Luis lo siente en la frente, en las muñecas; un corazón que violenta toda su vida, que le hace temer todo.

La muchacha tenía la piel suave. Sonreía desde aquel rincón del bar y Luis sabe que esta sonrisa no es para él; es una sonrisa brindada al aire, a cualquier hombre que pase. Pero teme la soledad y por eso se ha ido con ella. Han hablado de muchas cosas; tantas que es imposible recordarlas. Sólo percibe, como algo lejano, la voz y la piel; una voz áspera, apenas sin matices; una piel suave, profunda, llena de sensaciones desconocidas.

El camino es largo. Tan largo como esta calle. Pero, entonces, no le cansaba el andar. Aquel camino lo recorría cuatro o cinco veces al día. Ahora este camino se llenará de flores. La brisa es tibia. Y las manos están ausentes de sensaciones. ¿Si fuera posible acallar los cursos?

—Tú eres un sentimental. Es posible que no llegues a calar hondo, pero las cosas se te descubren por el lado de los afectos. Y te ganan. Te pueden siempre. Por

eso nos resultas, a veces, grotesco. Tienes que acallar ese mundo tuyo pequeño; un mundo en que todas las cosas están transidas de una melancólica ensoñación. Hay que ser fuerte, Luis. Hay que saber huír de todas las cosas, no sentirlas...

Luis sabe que no puede huír; frente a él está la soledad. Una soledad física que se pega al alma y al cuerpo; una soledad que llena los latidos apresurados del corazón todas las noches. Que le hace permanecer despierto casi hasta que comienza a amanecer.

Luego, mañana, hay que fingir. Engañar. Pero esta calle es muy larga y apenas puede hablar por el cansancio. ¿Cuál es el nombre, Señor? Los niños estarán ahora jugando en el patio de la escuela. Junto con las jacarandas florecidas, empiezan a elevarse las cometas. Luis es el maestro. Su clase da al camino. Por la ventana abierta del aula se llena la habitación de estío. Comienza el verano y juegan los grillos, al anochecer, a asustar a los árboles, a la luna, a los niños. La clase es lenta, pesada. Qué difícil entender estas lecciones sencillas. Pero los niños no están ahora en clase. Juegan por los caminos, y se asoman al mar con un júbilo de voces. O se pierden entre los pinos mientras un aire tibio del levante comienza a llenar la mañana.

—¿Por qué no me contestas, hombres? Te hablo y tú pareces perdido, como si te interesara muy poco.

Luis no quiere decirle nada. No se atreve. Han vivido tantos años juntos, tuvieron, en un principio, tantas cosas en común, que ahora le molesta desengañarla, decirle todo lo que le ocurre. Todo lo de su corazón y de su vida. Se casaron hace bastantes años. Luis recuerda aquella mañana en que al levantarse, al verla durmiendo, llena de tirabuzones, sudorosa, le dió asco. Un asco más fuerte que todos sus sentimientos. Desde aquel día comenzó su soledad. Una soledad más amarga, más triste que el estar completamente solo. Sabe que esto es

imperdonable. Debe decirle a su mujer lo que le ocurre; por qué tiene que levantarse de madrugada, por qué no puede hablar con ella. Tiene que hablarle claro. Y no se atreve. No lo hace porque sabe de la fidelidad de esta mujer, de su desinterés.

—Es necesario saber qué te ocurre. Noto cosas extrañas en tí; no de hoy sino desde hace mucho tiempo. Pretendes aislarte, vivir en un mundo aparte... Nadie sabe nada, Señor. Luis piensa que él lo que necesita es estar siempre acompañado: sentir la sensación física de la compañía. Pero sabe que su mujer no lo logrará ya nunca más. La ve junto a él, pequeña, con la mirada apagada, con los labios ajados, colgada de su brazo. Y siente un poco de piedad. Piedad por ambos. ¿Y aquélla muchacha del bar?

—Señor, no estoy acostumbrada a que me hablen así. Yo apenas se leer. Escribir no tuve tiempo de aprender.

Qué pena de piel y de cuerpo. Qué tristeza más honda de mirada y de mano. Sólo esta muchacha vive conforme consigo misma. Si pudiera crear en ella algo más que esta preocupación por ser grata.

—María...

—Dime, Luis.

—¿Te acuerdas? Por este tiempo, hace ya muchos años, nosotros paseábamos por el camino que va a la playa. Tú ibas con una blusa blanca y llevabas en la cabeza un pañuelo de colores. Cantabas jubilosa y nos sentíamos felices, ¿por qué no hemos podido conservar esta felicidad?..

Luis sabe que entonces María era joven. Los años no la habían endurecido la piel, ni los hijos le habían robado lozanía a su cuerpo. La mujer le mira, No sabe por qué este hombre ha cambiado tanto. Mala vida no ha llevado y sin embargo está viejo, muy viejo, y María siente una ternura honda por las manos de Luis. Manos

anchas de campesino: manos que han servido para hacerla más mujer. Sabe cómo aprietan o acarician; ha visto todas sus reacciones en las manos; la tristeza, el júbilo o la rabia. Todo está en sus manos. Y muchas noches, cuando él duerme, las ha visto crisparse de dolor sobre la sábana, ¿qué le pasa, Señor?

—María, ¿no te cansa esta calle tan larga?

—Sí, cansa mucho andar por esta calle sin árboles. En el pueblo es distinto. El camino que lleva a la escuela está cubierto de árboles. Y tú, de regreso, siempre traes una flor de jacaranda en el hojal.

A la muchacha del bar le compró un ramo de flores. Eran rosas y claveles. A Luis le dió rabia que al marcharse, el despedirse de ella, no le pusiera un clavel en la solapa. Pero no le dijo nada, ¿para qué?

La habitación olía a zotal. Luis sintió la misma sensación que aquella noche en que... Sí, era igual. Las mismas estampas en la pared; el viejo tresillo de mimbre, los maceteros con hortensias y helechos. Y un olor insoportable a zotal y a sudor.

—Tú debes tener bastante edad, no eres ningún joven.

—Mira, mujer, yo no me acuerdo cuántos años he vivido. Cincuenta, sesenta, que sé yo. Claro que sé que... bueno, es mejor que no te diga nada, ¿para qué si no podrías entenderme?

Juega en la mañana un sol de plomo. La tierra está seca. El agua que baja por una acequia, al mojar la tierra, llena de tibieza, casi carnal, al aire. Todo está quieto. Nada llega a mover el límite de las hojas ni el ala de los pájaros. La playa está cerca. Y María viene corriendo hacia él. María tiene ahora la piel dorada, y sus ojos azules sorprenden a Luis.

—María, ¿sabes? Me siento feliz. Tan feliz como en aquellos primeros años de nuestro matrimonio. ¿Recuerdas?

LA CALLE Y EL CAMINO

—Sí, Luis, los recuerdo. Me acuerdo de todos los días que hemos vivido juntos. De lo que hemos gozado y sufrido...

—Sabes, María, que a veces nos parece cansado el camino porque es el que recorremos todos los días. Basta que una mañana encontremos a su vera algo distinto, para que sepamos lo hondo y lo profundo que lo llevamos dentro de nosotros.

La calle ahora tiene un nombre. El corazón sigue golpeando, y el sol llega de plano sobre el enjabelgado de las casas y enciende al aire. Luis y María siguen caminando. Ya se lo han dicho todo.

CARTA EN UN DIARIO DE MUJER

La sala está silenciosa. Hay sobre la mesilla de noche unos libros y unas revistas atrasadas. Lola escribe, desde hace algunas semanas, su diario. Lo hace para no sentirse tan sola, para ocupar el tiempo, para que no la domine el pesimismo. Hoy escribe, en su diario, una carta a Luis; es una carta que él nunca recibirá; pero para ella es como si Luis estuviese esta tarde aquí, cerca de su cama, hablándole, diciéndole esas cosas que, hoy, Lola está deseosa de escuchar. Escribe en las hojas rayadas de un cuaderno con tapas de hule. El *bolígrafo* que usa le ensucia las manos. Lola apenas se da cuenta de ello.

“Te escribo —comienza—, aunque no sé si te burlarás un poco al leer esta carta. Hace ya tanto tiempo que no nos vemos que, acaso, no te acuerdes mucho de mí. Yo no he podido olvidarte, Luis. Yo podría estar hablando de tí durante muchas horas; podría repetir todas tus conversaciones, evocar aquellos lugares que visitamos juntos, decirte lo que te gustaba, o las cosas que te producían dolor. Recuerdo que un día me dijiste:

—Te admiro, Lola, porque estás llena de autenticidad. Tú no vives como yo una vida conformista, apoltronada en falsos convencionalismos. Sabes qué es lo

que tienes que hacer y lo haces bien; juegas tu papel, por aprehensión, como una maravillosa actriz de la que no pudiéramos nunca descubrir cuándo está mintiendo el papel que representa o cuándo es ella misma. Claro que tu vida es ruín y baja, pero es tu vida; te decidiste y tienes un argumento para realizarla, yo..., bueno, yo no importo...

Confieso que no te entendí en aquella ocasión. Yo tenía pocos años, ¿cuántos? No lo sé, o prefiero olvidarlo. Ahora, en cambio es distinto; ahora el tiempo está conmigo, latiendo en este corazón que empieza a fallar, en estos pulmones que duelen al respirar, aunque el médico diga lo contrario; con la obsesión de la fiebre que sube por la tarde y que me va dejando más débil cada día. No sé si podrías reconocerme en la enferma que ocupa la cama número 23 de la sala..., bueno, tú sabes en qué sala estoy, o al menos, creo que te lo puedes imaginar.

Escribo en contra de las órdenes del médico. He de soportar la mayor inmovilidad; es necesario para poder pasar esta crisis. Y, sin embargo, no puedo. Escribo para poder vencer, un poco, este tiempo que me domina; este tiempo dramático y hondo. Es raro que escriba estas cosas. Tú me dijiste una mañana, ¿no lo recuerdas?: "No tienes por qué pensar; me gustas porque eres un animal joven; tus ojos, tu piel, tu pelo rubio, casi rojizo, tus sentimientos, todo en tí, sinceramente, es joven, casi recién nacido. ¿Cómo es posible esto cuando han pasado tantas cosas por tu vida?" Yo no supe qué contestarte; reí un poco y te besé agradecida; tampoco sé por qué te besé en aquella ocasión. Tú te me quedaste mirando y, de pronto, en un gesto incomprensible, te separaste. —Deja, mujer, no vale la pena...

Recuerdo bien estas palabras, Para tí nada valía la pena. Ni mi juventud, ni mis caricias, ni siquiera tu propia vida. No entendiste que, tal vez, yo empezaba a que-

CARTA DE UN DIARIO DE MUJER

rente. No lo supiste ver; te dejabas ganar por tus egoísmos y, sin saber por qué rompías todas las cosas sin pensar en el fondo de amargura que podías dejar en mí. Decías entonces:

—¿Es que puedo creer en algo? ¿Es que hay algo por lo cual, enténdelo bien, se pueda vivir plenamente?

Yo si creía, aún, que se podía vivir por algo. Pensaba que un día habría de decirte:

—Se puede vivir por tí, sacrificándolo todo; sería maravilloso para mí que esto ocurriera... Eran tus palabras, tus mismas palabras, dichas en otra ocasión, que en mí se iban haciendo sentimiento, llenándome de ternura.

Ahora comprendo por qué me dolían tanto cuando decías que no había nada por lo cual valiese la pena de vivir. Era impiadoso por tu parte; tenías que darte cuenta que, acaso, a mí me hirieran tus palabras; pero yo no era nada más que esa muchacha que te agradaba en unas horas de placer, después...

Hoy sí sé que valen tus palabras; me las estoy repitiendo a media voz y sé que al hacerlo significan mucho dolor.

—Lola, cuánta soledad, cuánta tristeza en tu vida. Porque tú estás sola, aunque haya alguien a tu lado, aunque te sientas feliz... Claro que no te puedes dar cuenta aún, de lo que digo.

(No debo hablar en voz alta, no puedo hacerlo. Tengo que curarme. Es necesario permanecer siempre quieta; días, semanas, años quizás... Y luego, ¡Dios mío!, ¿qué será luego? Volver de nuevo, ser otra vez la misma, beber sin ganas, besar sin ilusión, acariciar sin ternura, ¿podré ser la misma de antes? Ten valor, Lola, no empieces a llorar, no eres ya una chiquilla, mujer).

Me repito muchas veces: Eres maravillosa, eres maravillosa... Y te veo a tí y te siento; es tu presencia, Luis; tu olor a cigarrillos americanos, tus manos delgadas y

nerviosas, largas, infinitamente largas, que van extendiéndose, que llegan hasta mi frente, que acarician mis párpados, que bajan suavemente por las mejillas y se detienen en mis labios. Y te oigo y siento tu sudor y me duelen tus palabras y no sé qué hacer: si huír o quedarme quieta, ovillada como una chiquilla...

Cuando pasa el médico y me ve así, como me siento hoy, casi llorándome los ojos, me dice:

—No se deje ganar por la obsesión de la enfermedad; usted es joven, es fácil morir si es lo que desea, pero lo que de verdad tiene valor es vencer el sufrimiento. Usted curará. Claro que es necesario mucho reposo y voluntad de vivir por su parte...

A mí me dan rabia su piedad y sus palabras. Me da rabia que sea él, precisamente este médico, el más joven, el que me hable así. A veces me vuelvo y me hago la dormida para no escucharle, para no verle sus ojos burlones y cariñosos.

Desde la sala donde estoy se ve la ciudad a lo lejos. Son casi las cinco de la tarde. Todo está quieto a mi alrededor. Todo está silencioso. Alguna vez se oye un golpe de tos, después todo sigue igual, en silencio. Me irrita esta tranquilidad; estamos en medio de la muerte, esperándola acostadas, inmóviles, con los ojos fijos en las ventanas, en las páginas de un libro, en los pensamientos que comienzan a roernos el espíritu y no podemos hacer otra cosa que esperar, esperar hasta que...

Y mientras pienso y escribo, surgen tus palabras. Mi vida está llena desde hace algunos meses, desde que llegué hasta aquí, de tus palabras. Me acuerdo que, una mañana, mientras almorzábamos en un bar, yo te conté un sueño mío de niña:

—Yo estaba con mi madre. El abuelo había ido al pueblo y la casa estaba sola. Mi madre se había quedado viuda muy joven. Ella siempre tenía miedo a quedarse sola, a no sentir los pasos del abuelo por la casa.

CARTA DE UN DIARIO DE MUJER

Eran más de las tres. Yo casi dormía; de pronto me cogió por la mano y me dijo: "Vamos afuera"...

A mí me gustaba corretear entre los eucaliptos de la carretera, tirarle piedras a las andoriñas, alongarme al brocal del pozo y verme, abajo, retratada sobre el agua quieta. Mientras me miraba en el agua surgió, tras de mí la cabeza de mi abuelo. En el espejo del agua había tres caras: la de mi madre, la del abuelo y la mía... Yo sonreí. Después no tuve tiempo para nada. Me sentí caer. Caí durante mucho tiempo... ¡Qué hondo era el pozol!... Luego, no sé cuanto tiempo transcurrió, vi a mi madre y al abuelo que reían señalándome con las manos... Mi madre casi era una niña como yo y tenía las mismas trenzas negras...

Tú te me quedaste mirando, me cogiste de la mano, y sentí, por primera vez en mi vida, toda la ternura que cabía en aquella caricia. Yo quise que aquel momento no acabara nunca. ¿Por qué lo rompiste? ¿Por qué me dijiste?: —Tú no debes caer tan bajo, Lola, antes es necesario que tengas valor... —¿Valor para qué?

—No sé si lo entenderás, pero creo que es mejor morir; acabar, terminar para siempre, es tan fácil... Basta nada más que un tubo de "Luminal"...

Tus palabras quedaron rondando mis sueños durante muchos días. Muchas noches me levanté en trance de terminar para siempre, pero no tuve valor... Claro que eso era antes de venir aquí, ahora me espanta la muerte; está tan cerca... Si tuviera valor cometería un asesinato; aunque asesinar no es tan sólo matar, es, también dejarse morir...

Cómo he cambiado, ¿verdad? Es imposible que me reconozcas. De aquella muchacha que tú conociste quedan muy pocas cosas: Ni su sonrisa, ni su pelo rubio, casi rojizo, ni sus manos trémulas... Y, sobre todo, lo que había dentro de ella, de lo que era yo. Este cambio te lo debo a tí, y cuánto, Dios mío, he perdido... Ahora ya

las cosas no están ahí fuera para que yo las vea, para que las sienta mi piel; están pero hundiéndose, metiéndose en mi sangre, haciéndose carne de mi angustia... Porque lo doloroso, Luis, es que estoy sola en medio de tantas cosas que me acompañan; sola con mi sangre, con mi soledad, con mi dolor... Y me espantan las horas; las noches se alargan, no terminan nunca. Y tengo que recurrir al "Luminal" para poder dormir.

Podías contestar esta carta. Podrías contarme tus cosas. Na sabes cuánto deseo saber de tí, conocer qué es lo que haces, oír tus palabras nuevamente. Sé que no me contestarás y tengo pena, una pena infinita... ¿Por qué no vienes a verme? Una tarde de sol, sería maravilloso... Entonces no asusta esta sala. Todas estamos contentas, dan ganas de vivir, de reír, de decir esas cosas que nos vamos guardando, que nos llenan de tristeza; de pensar que nada vale la pena si no es un rayo de sol, la palabra de un amigo, la carta que recibimos, el ramo de flores que puso la enfermera sobre la mesilla de noche... Me hablarías desde la ventana; no es necesario que te acerques mucho, y aunque hablaras muy bajo yo oiría tus palabras. Al despedirte, no es necesario que me beses, podías estrechar mi mano. Yo pensaré que es como en aquella mañana que estuvimos juntos en el bar, cuando descubrí la profunda ternura de una mano que nos acaricia...

Hoy no deseo que vengas. La tarde es fría y ha comenzado a llover. Dentro de un rato, todas nos sentiremos vencidas por el murmurio del agua y se llenarán nuestros ojos de lágrimas. María, la de la cama 24, pensará en sus dos niñas, que hace ya tres domingos que no vienen a verla, y se pasará toda la tarde besando sus retratos. Margarita, se pondrá a cantar para que nadie vea su dolor, para que no nos demos cuenta de que cada día va muriendo un poco más; Carmen, que no cree lo que se le dice ni hace caso al médico, encenderá un cigari-

CARTA DE UN DIARIO DE MUJER

llo y, mientras lo fuma, no hará sino mirar hacia la puerta; después comenzará a toser y estará así toda la noche... (¿Cómo tiene Carmen cigarrillos? Eso nadie lo sabe). Y yo me acordaré mucho de tí. Y te llamaré en voz baja, Luis; te llamaré una y mil veces; y sentiré tus pasos en el corredor; y veré tus manos largas que acarician mi frente, y habrá un aliento cálido sobre mis labios...

Faltan unos minutos para que llegue la enfermera. Duelen mucho estas inyecciones que, tal vez, no sirvan para nada; pero tenemos que aceptarlo todo; esto es una gran cárcel donde estamos condenadas a morir poco a poco, sufriendo siempre, sin otras ilusiones que las que podamos crear..."

(Lola ha dejado de escribir. Coge el pañuelo, que guarda bajo la almohada, y se limpia las manos manchadas de la tinta verde del *bolígrafo*. Margarita ya no canta; es el dolor tan intenso que no hace sino llorar. Hay flotando en el aire de esta sala, mezclado con el olor a zotal, un tenue aroma a cigarrillos americanos. El humo ha desaparecido y Carmen comienza a toser. La tose pone nerviosa a las otras enfermas. Sólo María permanece quieta, contemplando la fotografía de sus dos niñas que hace ya tres domingos que no vienen a verla. La enfermera llega y prepara la jeringuilla con la "estrep-tomicina". A Lola de nada le ha servido. Mañana comenzará un nuevo tratamiento: neumotórax del pulmón derecho. De esto no ha podido decirle nada a Luis porque ella aún no lo sabe. En la ciudad han comenzado a encenderse las primeras luces. Ha cesado de llover...).

LA NIÑA CHONA

Niña Chona —María Asunción Caridad del Cobre, para ser precisos— tiene los ojos negros, las caderas anchas, morena —casi ébano— la color y cadenciosa la voz. Niña Chona cuando sale a la calle a hacer su negocio —o su avío, como ella dice— va ligera de ropa, ancho el escote y corta la falda. Su perfume —una colonia de jazmín mercada en la bodega del “Isleño”— se mezcla al calor de su cuerpo. En La Habana, —palmeras reales, el Morro de la copla y damiselas emperifolladas— hace ya muchos años. cuando el Presidente Machado gobernaba, ganó la Niña Chona un concurso de rumbas. Bailó del atardecer hasta la mañana y, junto con el traje de seda cruda que ganó de premio, se trajo el cuerpo cansado, fatigada la respiración y doloridos los pies. Aquel día la Niña Chona estrenaba unos zapatos nuevos de tafilete. El místico que la invitó luego, tenía la cara llena de pecas, el pelo rojizo, los ojos pardos y le quemaban las manos y el aliento. Fumaba unos cigarrillos largos, de papel negro, que olían a diablos. Hablaba lentamente y decía: con tu cuerpo y tu salero...

El místico aquél había cambiado meses de Miami por semanas de Andalucía y de allí, junto con unas castañuelas y un cartel de toros, se trajo: Saleros, olés y ¡vi-

va tu madre, niña! Después, serio, le preguntó: ¿Te gusta el champán?

A la Niña Chona el champaña le escocía en la garganta, le lloraba en los ojos y le ardía en la sangre. De aquella noche le quedaron en las pupilas asfaltos del malecón, cúpula del Capitolio, sombras de barcos y palabras galantes de hombres con el corazón de plomo y manos de acero.

Si los pies tuvieran alas, los de Niña Chona volarían por todos los caminos, oliendo a mangos la piel y a canela el aliento. Alguien, esa misma noche, entre rumba y rumba, le cantó una copla o unos versos.

—Dígale usted una décima, vecino.

Y no era una décima, claro está lo que el hombre cantó. La Niña no se acuerda ya de ella, pero sí del hombre que la dijo. Le volvió a ver, después y durante mucho tiempo.

Guayaberas almidonadas y sonrisa en los labios de los hombres. La “habanera” cantada en la sala de fiesta hablaba de una ciudad de sol y mujeres morenas.

Y el amor, una damisela encantadora.

Dicen que tuvo la niña un novio blanco, tanto que parecía de sal o de nieve. Al blanco, en una bodega, entre trago y trago de ron, lo mató un negro matón, rumbero y borrachín que tenía las manos anchas y el corazón sin sangre. La niña Chona puso telas negras sobre su cuerpo de ébano y lloró toda la noche, mientras le bailaba el cuerpo y se asomaban, en la sombra, las manos del miedo, y oía, en una duermevela de alcohol y recuerdos, palabras trémulas y canciones absurdas.

—Madre, apague esas luces que están en la ventana encendidas por las ánimas...

—Cállese, niña, duerma, si son los cocuyos...

La niña bebe por la mañana su copa de ron, por la noche su Domecq, y se acuesta, casi desnuda, sudándole el cuerpo y llorándole en los ojos marineros de los

LA NIÑA CHONA

puertos o místeres que pagan con sus buenos dólares. Por la mañana amanece con bascas de alcohol o de frijoles recalentados.

—Anoche comí, moros y cristianos, qué ricos frijoles, qué bueno el tasajo...

—Cállese niña que en la mesa no se canta, ¿quién te enseñó tal?

Lá niña Chona tiene una combinación de hilo rosa y una falda de lana azul que se pone los domingos. La blusa es de seda, la de todos los días, que lava por la mañana y plancha por la tarde. Cuando sale a la calle lleva un bolso de piel negra y la sonrisa en los labios. Si alguien la requiebra, se le pone el cuerpo en vaivén. Rumba, rumbera la niña. Niña Chona sonríe sobre su risa y se le van las palabras con el pensamiento. Si los ojos vieran ¡ay amor!, si los ojos vieran... El hijo del bodeguero tiene las pupilas tan azules, tal parece que el cielo se le metiera por el cuerpo y se asomara a los ojos.

—Duérmeme mi niño, amor mío, duerme...

Niña Chona; tu padre —cincuenta años sobre la piel renegrada— Francisco el capataz, se casó con Asunción y les nació, después de diez años de matrimonio, la niña. Luego, dos años más tarde, Nicolás. ¿Qué camino para el hijo, que mis pasos no anduvieran...?

El bodeguero, blanco tenía que ser, dice que la niña vino de París porque el padre era un negro francés de la Martinica que pasó por el pueblo en los meses de la zafra de la caña. Y Francisco a lo suyo, a su destino de pobre, a trabajar hasta el cansancio y el rencor, a cortar la caña y a decirle a los compadres: Con la flor de la caña...; pues, mejor, así no trabajé yo... Ese gallego no mé lo dice a mí en la cara; tan hombre soy como él y no me asustan sus fanfarronadas.

—Niña, cuidate ese pelo, lávate, aunque sea la cara, todas las mañanas; no te me pintes los labios. ¿Es que no quieres ser una señorita bien educada?

La maestra, cincuenta años cansados, mirada triste detrás de los lentes de oro, tripuda y con la piel arrugada.

—Niña, siéntate bien, bájate la falda, ¿qué modales quieres tener?

—Y yo que sé, maestra; usted que lo sabe todo debe enseñarme.

En Santa Clara casaron de muy joven a la niña Chona. ¡Ay, amor, que sí, que quiero ser tu esposo! Sortija de oro y los domingos traje azul marino del esposo. ¿Que por qué duró tan poco? Fué que era el mismo diablo. El machete en sus manos innobles es muy duro y está pronto. Y pasó lo de hombres, que murió de pie. Seco, silencioso, sin poder ver ya más para nunca a la niña Chona, se quedó, en un cuartucho que olía a humedad de tierra caliente, casi dos días.

—Tómese una tacita de café, niña, le sentará bien para los nervios.

Luego, ya se dijo. A hacer el avío o el negocio. Calles de Güines y sombras de La Habana. ¡Aé, aé, aé la chambelona, que la niña del alcalde!...

—¿Quién lo vió, Señor, en mesa de blanco comer una negra? La señora, doña, tenía el pelo casi blanco y la voz de romance. Negro en el traje y en los pensamientos. Recuerdos por su mundo y nostalgia en las palabras. Detrás, Córdoba lejana y sola.

A la doña le gustaba hablar con la niña Chona. Era como la maestra, con sus mismos sermones, pero la voz le cantaba llena de tristeza:

—Mira, Chona, a trabajar y a dejar tanto baile y tanta fiesta. Tú en tu casa y Dios en la de todos. No sabes cuando puedes caer en la tentación. ¿No eres viuda, entonces? ¿Es que no tienes dolor por tu marido?

—Y yo que sé, señora. Usted que es más viuda que yo debe saberlo.

LA NIÑA CHONA

Años de infancia con la madre trajinando en la casa y el padre en la caña.

—Vienen los alzados, madre, quemaron la caña y el padre...

—Cállese, niña, que pasan los rurales.

Caballos negros en la noche. Hogueras que encienden de rojo el plenilunio.

—Vete a casa del "Isleño" y me traes un poco de carbón y manteca.

—¿Y la contra?

—De lo que quieras, niña.

Después, meses y meses de viudedad. Otra vez las sombras. Y el cuerpo en vaivén, rumba la negra, rumbera de ébano triste y duro. Y a hacer el avío. A lo que caiga. Noches, siempre noches. Calor y el mismo perfume de jazmín sobre la piel ardiente. Lluvia de los trópicos y cansancio. Dólares para ahorrar y sueños para vivirlos. Falda de lana azul. Rinden ya los pies y la madera pierde fuerza. Asfaltos de las calles como la color de la piel, negro, más ennegrecidos cada día. Y andar. Domecq por la noche y frijoles. Y por la mañana...

—¿Qué dice la niña? ¿Qué se fué Machado?, pues a cantar. Alégrate el corazón que no hay dolor que cien años dure.

Tiempo pasó y la niña seguía igual. Ya son pocos los marinos y menos los dólares. La bolsa flaca y el hambre ávida. El míster ya no le dirá: "Viva tu madre, niña". Ni le cantarán una décima, aunque no lo sea, al pasar. Tiene el pelo blanco y se arrastra por las bodegas.

—Anímese, niña y tómese otro trago.

—Si usted me lo manda... Y gané un concurso de rumbas. Conmigo lo mejor de la capital. Triste destino ser pobre...

Al niño del bodeguero se le cerraron los ojos de tanto mirar al cielo. Fué hace bastante tiempo, la niña ya casi no lo recuerda. Ni a los alzados. Los rurales, sí.

JULIO TOVAR

Siempre estuvieron detrás, siempre la miraron con malos ojos. Como todos los hombres, como aquel marido que tuvo y se lo mataron una noche de juego.

Sobre la carretera, allí donde es más oscura la sombra de los mangos, encontraron, una mañana, el cuerpo muerto de la niña Chona. Celos de la noche y miedo a los ojos de los cocuyos que se encendían como lámparas para las ánimas, o al rumor de las palmeras reales abrazadas por el viento del golfo. Sobre su pecho abrieron las balas del miedo cuatro chorros de fuente; después, todo el pecho se le llenó de claveles. Como en un romance que pudiera decir la señora. La niña Chona, ¡ay amor!, rumbera de ébano triste...

Tristemente. Cuatro balas en el corazón.

CRONICA DE UN PATIO DE VECINDAD

Las seis habitaciones de la casa dan a un patio de tierra. La casa fué antes cuadra de mulas o establo. Tiene un gran muro de piedra encalado —con grandes desconchados— cubierto, en parte, por una buganvilla de flores moradas. En el patio hay una palmera seca y en el fondo, junto a una casa recién construída, una chabola de planchas de zinc. Son casi las siete y media de la mañana y la gente de aquí es madrugadora. En la palmera hay puestas a secar ropas íntimas de mujer. Los niños medios desnudos, las madres sin peinar aún, renegridas, sucias de años y miserias. Malos tiempos corren por el mundo —piensa uno—, y se queda tan tranquilo. Desde lo alto, desde el balcón donde yo estoy mirando, el cielo es azul, profundo, sin una nube. En el balcón hay unas plantas que el viento azotó anoche y se quedaron sin hojas y sin flores. Veo a la pequeña, a Anita, en un grupo de chicos. Luego, se separa y trepa, con cuidado, por el muro y se alonga a la calle. Tiene el pelo rubio y el cuerpecillo débil. La he visto jugar con unas muñecas de trapo y se asombra cuando escucha el ruido de un automóvil por la calle. Entonces, se baja, con temor, y corre gritando asustada. Yo no sé en qué hueco del muro esconde sus muñecas. ¡Qué le voy a hacer!

Se abre una puerta y sale un hombre. Viene en camiseta llena de rotos y zurcidos, las perneras del pantalón manchadas de grasa. Grita. Grita desafortadamente a María, y una mujer asoma la cabeza desde un gallinero hecho de tela metálica y tablas de cajones de cerveza, donde se ven aún las letras negras que el tiempo, la lluvia y el sol van borrando lentamente. La mujer dice algo que yo no llego a entender. Sale y camina despacio, pesándole el cuerpo y las piernas llenas de varices. Parece como si no le importaran las voces del marido —o lo que sea—, que se acostumbró a sus gritos, que ya no le asustan. Las chicas del matrimonio que ocupa la segunda habitación, debieron salir hace bastante rato. Trabajan en una fábrica y las tres hermanas marchan al trabajo, siempre juntas. Sorprenden a la mañana con sus voces y sus risas. Son felices a su manera, de una forma sencilla y sin complicaciones, sabiendo o intuyendo lo bueno y lo malo. La mayor, no sé su nombre, llega tarde a casa, casi siempre en automóvil. Claro que el automóvil no se para frente a la portada ¡esto sería intolerable!, pero sí unos metros más allá, en la esquina, junto a la tienda de don Manuel. A las otras hermanas las veo, ya al anochecer, lavar sus ropas y tenderlas a secar. Acaso sean las que están hoy tendidas en el tronco de la palmera o en la ventana del cuarto.

A Mercedes, la hermana de Anita, la conozco bien. Sale más tarde que las otras, antes de que marche yo a la oficina y si me ve, en lo alto, en el balcón, me saluda alegremente con la mano. Mercedes es pequeña de estatura para sus diecisiete años. Tiene la cintura estrecha y morena la color. Los ojos, de tan grandes, asustan. Algunas veces, cuando nos tropezamos en la calle, al pasar por mi lado se sonríe levemente y se le llenan los ojos de alegría. Yo aunque he hablado en muchas ocasiones con ella, siempre me sorprende su única pregunta:

—¿Por qué no soy yo como las otras chicas, don Pedro?

Y, realmente, es así. Mercedes no se parece a las chicas que viven en esta casa y esto a uno le da pena porque sabe cuánto va sufriendo con ello. Yo quisiera poder hablarle sin que se sienta cohibida y molesta, sin que me mire rehuendo la mirada, sin que se ruborice, pero solo acierto a decirle:

—¿No te parece que es mejor así? Siendo distinta a las demás, ¿no te alegras?

Yo deseo, con mis palabras, ser agradable, y ella que lo sabe o que lo adivina, se molesta un poco y me contesta rápida:

—Con usted no se puede hablar, no toma las cosas en serio...

Hablar en serio. Causa risa que lo diga esta muchacha que comienza a vivir, a asomarse a la vida sin saber absolutamente nada, teniendo la vida tan próxima, tan directa sobre sus mismas carnes.

Me olvidaba decir que hay, junto a la palmera, una piedra de lavar. Es, aparte, el baño de la casa. Para bañarse hay que madrugar mucho y colgar una sábana frente a la palmera para evitar miradas indiscretas. Yo que no soy madrugador, para este tipo de curiosidades, no he visto nunca bañarse a Mercedes. El vecino de lo alto de mi casa, el que habita el ático, sí. Pero él tiene sesenta y cinco años y sus miradas ya no causan rubor ni indignación. Algunas veces Mercedes al salir por las mañanas al patio, trae una palangana vacía. Entonces, no me mira ni me saluda siquiera. Va con la cabeza baja, temblorosa de frío, cubierta por un viejo albornoz. Ha salido de la cama y sin tacones parece más pequeña aún. Necesito, no se por qué, su saludo, y me inquieto de que tarde hoy tanto. ¿Si le habrá pasado algo?...

El carrito del panadero se ha detenido junto al portón de la casa. Los chiquillos, que lo han visto, gritan:

—Mamá, el panadero.

Llegan cuatro mujeres. El pan debe estar caliente todavía. Se paga por semanas, cuando cobran los maridos, y el hombre tiene pocas consideraciones.

—Sin manosearlos; si no les gusta, lo dejan. Lo menos que podían hacer es lavarse las manos. ¡Vaya con las vecinas! Si lo vieran en otras si que chillarían y se pondrían con remilgos...

La niña del pelo rubio, Anita, recibe de su madre un panecillo. Se sienta en el portón y empieza a comer despacio, casi sin ganas. Hace media hora, antes de marcharse el padre, compartió con él la taza de café.

Los niños de enfrente, que viven en estas casas de pisos, que van a colegios caros, pasan a su lado sin saludarla siquiera. La niña no levanta sus ojos, sigue comiendo, mordiendo el pan con la cabeza caída sobre el pecho. Yo quisiera que, todas las mañanas, al pasar le dijeran:

—Buenos días, Anita.

Si la saludaran, la niña sonreiría y se le llenaría la cara de alegría pero, ¿qué voy a hacer yo desde aquí, desde lo alto, lejos de sus vidas y de sus mundos?

Por fin, Mercedes. Mercedes estrenó ayer, porque fueron las fiestas del barrio, y ella no iba a ser menos que las otras, un traje nuevo. No sabe que este traje no le va bien; la hace más pequeña, le oculta su cuerpo totalmente, y el reflejo del color de la tela en sus pupilas les hace perder vivacidad. Hoy se lo ha puesto para ir al trabajo y camina orgullosa. Tengo ganas de llamarla, pero me contengo. La veo marchar despacio, casi sin prisa. No sabe todavía el juego de la coquetería, ni se vuelve para mirarme a rabillo de ojo. Me ha saludado y yo sé que, para ella y para mí, es esto únicamente lo que importa.

Entro un momento en el cuarto y cojo un libro. La mañana se mantiene fresca. Vuelvo otra vez al balcón. Enciendo un cigarrillo y fumo mientras leo. No tengo

mucho interés por las cosas que se dicen en este libro. La vida es...

¿Quién es esa? No la había visto hasta ahora. ¡Vaya con la niña! ¡Qué andares! Moza garrida y de tronío. Buena estampa y bella manera de andar. Debe ser nueva en la casa. Saluda, pero nadie parece hacerle el menor caso. Mira hacia arriba, hacia mi balcón y se oculta, luego, la cara entre las manos. Yo no la he visto nunca, ¿por qué se oculta entonces? Va a la piedra de lavar y abre el grifo. Mete las manos en el agua: debe estar muy fría porque las saca rápida. Yo no sé si alguna vez la habré visto. Ella debe saberlo... Yo... Cuando regrese a su cuarto la veré de nuevo, después...

Desde el balcón es absurdo este mundo de hormigas que se mueven de un sitio para otro. Sus problemas no son los míos, ni sus ideas tampoco, y, sin embargo, me siento como ganado por todo lo que les ocurre, por sus movimientos, por sus gestos, por los niños que corren por el patio, por las mujeres que se gritan, se insultan o se consuelan... Aunque a uno le dé rabia sonreír beatíficamente, indiferentemente.

El "Chepa" viene de su cuarto, la chabola del fondo del patio, con su caja de limpiabotas bajo el brazo, silbando alegremente. El "Chepa" se burla de los vecinos, de los clientes y de su santo patrón. No le importa nada y es feliz, o se lo miente, no lo sé. El padre del "Chepa" tiene, en la chabola, su mesa de trabajo y, en las paredes de zinc pegadas con almidón, que los ratones han empezado a roer, fotografías de bellas mujeres casi desnudas. El "Chepa" se burla, también, de esta deleitación de su padre. El padre es zapatero, como el abuelo, y tiene por orgullo su profesión. Se emborracha los domingos, con los pocos duros que le caen por sus remiendos, y descansa los lunes. Y siempre dice lo mismo:

—Si yo no tuviera un hijo inútil. En la vejez es cuan-

do se notan estas cosas; cuando se necesita ayuda y el hijo no tiene aguante...

El hijo inútil trabaja, limpiando el calzado, de la mañana a la noche y mantiene la casa. El padre hace con su dinero lo que quiere; para eso es el padre, el cabeza de familia.

—¡Hasta ahí se pudiera llegar! ¡que este hijo descastado me pidiera cuentas de mi dinero!, ¡ya le mantuve muchos años!...

El "Chepa" sabe, en su carne y en sus sueños, de una infancia dura, vendiendo periódicos, cargando, sudándole y sangrándole los cueros, como una mala bestia, pero el padre parece ignorar todo esto...

Cuando viene a mi casa a limpiar, o a lustrar, o a estropear el calzado, me dice serio:

—Si no fuera por la vieja lo dejaba plantado; el muy borracho quería pegarme anoche, a mi me dió...

La verdad es que el "Chepa", (esto no lo dice él, claro está), soportó los golpes del padre, mientras la vieja decía:

—Por Dios, Antonio, que ya no es un niño. Cuidate de él; algún día ocurrirá una desgracia.

Al oír esto no he podido menos que pensar que cuando el "Chepa" muera y lo metan —como a todo quisque—, en el atúd, de tan pequeño, de tan encogido que quedará, habrá de parecer, sin duda, un niño muerto. Yo, se entiende, no le digo lo que pienso. Todos tenemos coraje.

Los chiquillos van saliendo para la escuela. Van con sus blusas y sus trajes azules, chillando, tirándole piedras a los perros, con los libros bajo el brazo, con las caras y los cueros recién lavados, dándole envidia al lucero del alba. Sólo Anita permanece en el portón con el pan —todavía a medio comer—, en la mano, pareciendo mirar la calle, con la sonrisa triste de sus labios, cantando su misma cancioncilla de siempre, quieta la

mayor parte del tiempo, bullidora otras veces, cayéndose sobre la tierra, alongándose en el muro... Arrullando, en su regazo, una de sus muñecas de trapo, la dejo cuando entro en la habitación. Tengo que cambiar la cuchilla. Me he afeitado ya muchas veces con ella. Pienso que el jabón de afeitar tiene un agrisado olor de fruta madura; que me estará esperando el desayuno caliente... Dejo, al pasar, el libro sobre la mesa. La vida es...

Yo no tengo hijos. Si tuviera uno siquiera, si no fuera estéril mi trabajo y mi propia sangre, uno pensaría que la vida es... Acaso lo que piensa el "Chepa": una caja de limpiabotas. O lo del padre: barrachera los domingos y descanso los lunes, y para todos los días fotografías de bellas mujeres casi desnudas. O esa chica que llega tarde a casa, y siempre baja de un automóvil distinto, y asombra a sus compañeras con sus trajes nuevos, con su reloj de oro, con sus medias de nylon. O Mercedes que se ruboriza cuando me mira a los ojos... O la pobre mujer de las varices en las piernas, cansada de partos, ya casi vencida para todo. Acaso, también, el hombre, el vecino del ático que se levanta muy temprano, con sus años y sus achaques, para ver bañarse a las chicas de enfrente. Y Anita, la pequeña Anita que juega con sus muñecas de trapo, que las arrulla en su regazo con temblor de madre, que las mira, sin ver, y las siente latir, como si estuvieran vivas, como si fueran, ignorándolo, carne de su propia carne...

Como los ojos de Anita, unos ojos que no ven. Que no vieron nunca porque los tiene apagados desde siempre. Si como Anita que sabe sentir, correr, caerse sobre la tierra, levantarse de nuevo y sonreír; tristemente, pero sonreír...

EL TURNO DE PEDRO

Con la hora obrera comienza el turno de Pedro. Pedro es alto, ligeramente calvo, con una pequeña cicatriz en la frente, los brazos largos, caídos los hombros, blanca la color. Pedro nació con el siglo. Bailó el tango, cantó "La violetera", por los años 27 y se quedó soltero por el bello y viejo refrán de que el buey suelto bien se lame. Pedro sufre una enfermedad en las manos. Alergia —dijo el médico— y se quedó tan contento. Y Pedro, que tiene que sufrir con el volante que le quema las manos, que le abre grietas profundas en la piel, que a veces le hace sangrar, realmente, esperaba otras palabras y otros medicamentos: pero el médico, a una pregunta suya, le contestó: Hay otros específicos americanos que no figuran en el petitorio del Seguro...

El turno de Pedro empieza a las seis de la mañana. Es la hora en que comienzan las mujeres a ir al mercado y los hombres al trabajo. Después, ya más tarde, a las ocho y media, los chicos a la escuela. Pedro, entonces, se hace más prudente, aminora la marcha, toma con precaución las curvas y frena despacio. Pedro, soltero —ya se dijo—, con sus cincuenta y ocho años, tiene un alma llena de ternezas paternas. Los niños —con su intuición prodigiosa— cuando le vén, le saludan alegremente. Pedro les contesta con la mano y se quedan sus ojos, unos instantes, viéndoles marchar.

Esta mañana Pedro tiene un ligero dolor de cabeza. Una puntada débil, pero continua, en la frente. Anoche se acostó tarde y bebió demasiado. Ocurrió por esas cosas que siempre tienen que ocurrir. Don Juan estaba en la ventana de la casa y, al verle pasar, le preguntó: ¿Quiere oír la radio? Tienen que haber buenas noticias de Argelia. Y como don Juan cuando oye la radio, o lee, o fuma, o se está quieto, necesita tener una botella a su alcance, le dijo a la mujer:

—María, trae una botella de tinto, que está aquí el amigo Pedro.

Y María trajo la primera. Las otras, no. Las otras fueron traídas por don Juan o Pedro a medida de que se vaciaban. A Pedro, entre otras muchas cosas, no le gusta el fútbol, pero llena las quinielas. Con una que le saliera de catorce resultados ya se curarían las manos, Señor, y no tendría que levantarse cada mañana tan temprano. Estos son sueños —bien lo sabe Pedro— y por ello piensa muy poco en su suerte. En sus manos, sí. Las manos duelen y las fantasías distraen a un buen conductor. Por eso Pedro sufre y está siempre atento, siempre mirando, no dejándose ganar nunca ni por el dolor ni por los sueños.

A don Juan lo conoció Pedro en una barbería, hace ya algunos años, cuando lo de Indochina. Pedro decía:

—A ese paso los franceses tendrán que abandonarlo todo.

Y don Juan, que se estaba arreglando el pelo, le interrumpió:

—Indochina no es solamente un problema de Francia...

El maestro, charlatán, pequeño, con los ojos pardos y las manos rápidas, intervino:

—Es el viejo colonialismo que empieza a decaer, los pueblos libres...

Salieron juntos de la barbería. Pedro habita una ca-

sa cercana a la de don Juan, al comienzo de la calle, junto a una farmacia. Don Juan vive de su retiro de funcionario público y de una pequeña renta. No tiene hijos y se permite algunos lujos. La radio-gramola, los discos, algunos libros serios: "Historia de la Humanidad", "Las Razas", "Napoleón", "Historia de la Revolución Francesa", "El origen del hombre a través de la selección de las especies", y algunos tomos —no muchos— de la colección Sempere encuadernados en rojo. Antes, cuando era más joven, don Juan tenía algunas novelas galantes, pero María, su mujer, un día las encontró mientras limpiaba y fueron a parar a la basura. Don Juan se molestó, chilló, dijo que parecía mentira que su mujer, a sus años, tuviera pudibundeces de doncella.

Esta mañana el motor tarda en calentarse y se hace difícil el arranque. Pedro piensa que el motor está bastante viejo y, claro, le pasa como a las personas que, con los años, les cuesta más andar. Cuando por fin se pone en marcha, Pedro se vuelve al cobrador, que es un muchacho nuevo que hace esta mañana su primer servicio. Antes trabajaba en una oficina, de botones, pero se fué haciendo mayor y los números y las letras se le resistían de tal manera que el dueño le dió los meses que le correspondían por el despido y le sermonó:

—En esta casa tenías un brillante porvenir, ahora ya puedes ir pensando lo que vas a hacer. Parece mentira como son los chicos de hoy, no se preocupan sino de noviazgos y del fútbol, pero de aprender, nada... Yo que empecé como tú y ya ves hasta dónde he llegado.

El muchacho no pensó en las palabras que le dijo el jefe, ni le llenaron de preocupación. Cuando salió a la calle, compró, en un estanco, los últimos números de "Marca" recién llegados y siguió tranquilo, leyendo la crónica del partido "Madrid-Atlético" de las finales de la liga.

Pedro piensa que no sabe cómo va a ser este com-

pañero que apenas conoce. Le gusta llevarse bien con los compañeros, charlar de sus cosas, quejarse de los sueldos miserables, de las ganancias de la empresa, aunque él no sepa nada de ganancias, tomarse, cuando termina su turno, unas cervezas con ellos.

Han subido al autobús los primeros viajeros. Dos mujeres, una chica de servicio y dos hombres. Pedro le suelta el freno al motor y el autobús comienza su marcha. Pedro se conoce cada uno de los baches, cada árbol, cada casa de su recorrido. La calle que cruza de norte a sur la ciudad está llena de laureles y acacias. También hay algunas jacarandas, pocas, casi al final, que se llenan de flores rosadas.

Pedro ha visto, por el retrovisor, a los viajeros. La muchacha de servir lleva una blusa fina y una falda bastante ajustada. Antes de sentarse colocó debajo del asiento la cesta de la compra, y se bajó la falda alisándola con la mano. Por un momento, Pedro ve los ojos de la mujer. Después, ya sentada, la chica saca una novela del bolso y empieza a leer. Las otras dos mujeres se sentaron juntas y hablan en voz baja. Son ya bastante viejas y las dos visten de negro. Tienen el pelo encanecido y la piel renegrida. Deben ser hermanas —piensa Pedro—. Los hombres, uno en un asiento cercano a la cabina y el otro al fondo, junto a la puerta. El cobrador se ha quedado de pie. Los ojos de Pedro ahora que comienza su trabajo se quedan fijos en la calle. Apenas si la mirada se distrae. Sigue doliéndole la cabeza, con mayor intensidad en estos momentos, y las manos le arden. Debí comprarme unos guantes, como me dijo don Juan, pero un sueldo da para tan poco... Además, eso son cosas de señorito: las manos de los obreros son manos fuertes... Juan se sonroja un poco con lo que acaba de pensar, porque las manos suyas son débiles y están enfermas.

La luz de esta mañana es una luz fría. En lo alto

EL TURNO DE PEDRO

de las casas el sol comienza a prenderse. Pedro, no sabe por qué, se siente cansado, distraído. Se dice: Si pudiera pasear una mañana a esta hora, como esa gente que no tiene nada que hacer... Me sentaría en un banco. Me voy haciendo viejo; antes no tenía estos pensamientos. O me quedaría en la cama hasta muy entrado el día y no me pondría este uniforme de faena. Me bañaría, me iría a tomar un vaso de cerveza fresca en un bar... Pedro, sin saber la causa, ha mirado al retrovisor. La figura de la muchacha sentada, con la cabeza baja, le domina. Yo podría —se dice— tener una hija de esta edad. Acaso llevaría, también, el pelo corto, la falda ceñida, y una novela en el bolso para leer en el autobús. Y también habría un hombre como yo, doliéndole, sino las manos y la cabeza, el estómago o las piernas...

Ha tenido que frenar violentamente. Un perro cruza la calzada. El perro ladra quieto, frente al autobús y el cobrador tiene que bajar. El perro es un pequeño foxterrier blanco con manchas negras. El cobrador —que no sabe nada de juntas protectoras de animales— le da una patada y el perro corre aullando. Sube el cobrador y el autobús se pone nuevamente en marcha. Pedro le ha visto hacer y se arrebata, pero no dice nada. Cuando se está de servicio hay que evitar las discusiones: es una condición necesaria. Luego será otra cosa. Claro —se dice Pedro para sí— de tanto leer de patadas todo lo resuelve con ellas.

La chica tendrá quince años, pero esto son fantasías como las quinielas. La madre de Pedro vive con un hermano casado, en el pueblo. Algunas temporadas viene a vivir con él y Pedro se siente cohibido y molesto. La madre le cree aún niño y le viene con recomendaciones: No llegues tarde a casa, Pedro. No dejes de ponerte la camiseta, con el frío que hace vas a coger una enfermedad. Fumas mucho, no sé de dónde te viene el vicio, tu padre no fumaba ni tu hermano tampoco. Siempre te

manchas, parece que las manchas te persiguen... No sé de qué te quejas: "quien tuvo buena noche no puede tener buen día"...

Cuando está solo todo es distinto. Y, sin embargo, a veces le pesa la soledad. Es cuando se tiene que pasar las tardes sentado en el bar de la esquina, releyendo un periódico atrasado, viendo pasar a la gente que le mira indiferente, sin tener con quien hablar, sin poder compartir una copa. Entonces, como ahora, piensa que si él se muriera, nadie le lloraría. Estoy viejo —se dice—, antes no tenía estos pensamientos.

Lleva el volante con la mano derecha tan sólo. En la izquierda se han abierto dos heridas más profundas que las otras y queman la carne al roce del volante, al hierro frío del freno o de los cambios. Con las vacaciones mejoraré, pero faltan todavía tantos meses...

No sabe por qué le viene el recuerdo de una mañana en que se pegó con un compañero. Empezaron de broma y terminaron a golpes. Se sabía más débil que el otro y no se amedrentó por ello. Le pegó hasta el cansancio, hasta que no pudo o no quiso más. Era más joven que él y más ágil y Pedro cayó al suelo. Algunos se burlaron: Vaya con el viejo matón... No tenía razón pero se encorajinó, como si sólo con el coraje se le pudiese pegar a un hombre. Padre, guárdese sus fanfarronadas. Se revolvió contra ellos, pero le sujetaron hasta que el cansancio le rindió. Cincuenta y ocho años no es vejez, pero yo no soy fuerte, nunca lo he sido. Estoy viejo, cansado, solo...

El timbre le vuelve de sus recuerdos. Primera parada del trayecto, frente a una iglesia. Bajan las dos viejas enlutadas, con cuidado, temerosas de caer. El cobrador las ve marchar, luego dice:

—Vámonos, Pedro...

Pedro deja caer la mano sobre el volante, con temor. Las ventanas de las casas se empiezan a abrir. Des-

EL TURNO DE PEDRO

de muy temprano se riegan las macetas con flores. El guardia vecino le saluda al pasar el autobús, con la mano. Yo no le conozco, me habrá confundido con otro. Parece que estoy más aliviado, casi no siento el dolor de cabeza y las manos no me arden tanto.

Sale un coche de una bocacalle y Pedro no lo ve. Alguien grita: un transeúnte, un viajero, el cobrador. No se sabe de quién es el grito. Un grito de miedo, de espanto, de dolor. Y él siente que algo le golpea violentamente contra el pecho, algo que le deja tendido, con los brazos inertes, sobre el volante.

Es un momento nada más. Después, vuelve a sentir de nuevo el dolor de las manos, la puntada en la cabeza. Miran sus ojos. Hay un coche frente a él, lo ve cerca, bajo el *capó* alto del autobús. Corre la gente curiosa. Son las aves de rapiña —se dice Pedro—, que están prontas siempre...

Mira por el retrovisor y no ve a nadie. Todos están en la calle. El cobrador discute con el chofer del automóvil. Viene hacia ellos un policía de tráfico. "Tendré que bajar —se dice—. Mía no fué la culpa, debió ocurrir lo imprevisto. El salió en dirección que era la mía, pero su coche... Habrá que medir las distancias, como haya sido yo el responsable"...

Cuando Pedro baja del autobús apenas puede respirar. Le duele el pecho y siente que las piernas le tiemblan. He tenido miedo —se dice— creí que me moría... Esta tarde, don Juan, si se entera, se burlará un poco de mí. El vino de ayer no le hizo nada bien, ¿verdad? Y tendré que aguantarme sus bromas...

Otra vez en marcha el autobús. No fué la culpa de Pedro, el automóvil debió cederle el paso.

Señor, —se dice Pedro— como vuelvan a dolerme las manos y el pecho... Iba un poco distraído, pensando en mis cosas. Si don Juan se burla le diré: Yo no tuve la culpa.

LA SOLEDAD VENCIDA

El último carro ha entrado en el patio. Desde la habitación José Luis escucha las voces de los hombres. Todo permanece a su alrededor en calma. Estas voces suenan lejanas, como un recuerdo de niño, como una vieja canción que nos va diciendo de otras horas, de otros momentos. Sus manos están manchadas. Sucias de barro, de sangre pegajosa. La luz de la lámpara que ilumina la habitación es débil; hay algunos rincones que permanecen en sombras. Teme mirar estos rincones. En uno de ellos, donde la oscuridad es más intensa, hay el cadáver de un hombre. No sabe por qué lo ha hecho. No puede explicarse nada. Siente náuseas. Está mareado y todo a su alrededor está en calma. No suena el reloj; no se oyen sus pasos mientras anda porque está descalzo.

—Asesinar no es sólo matar —piensa. Pero las palabras están en sus oídos:

—Tú no puedes vencer tus recuerdos. Estás muerto, muerto desde el primer día que nos vimos. Eres un desilusionado, y nosotros, nuestra causa, necesita hombres vivos, hombres sin fantasmas y sin soledad.

José Luis es un pobre obrero. No siente odio; es casi feliz. Sueña en algunos momentos y sus ojos se pierden. Sus pupilas se van alejando, se quedan prendidas

en una habitación. Aquel hombre, el jefe, le va hundiendo, metiéndole en sus ideas; haciéndole temer, creer en otras cosas. Cosas que no tienen calor de humanidad; sólo ideas, cifras, estadísticas, calles sin nombre, hombres que no conoce, que no ha visto nunca. Quisiera, en este instante, no sentir este loco palpar de su corazón, esta desazón que le embarga.

No sabe dónde le encontró. Recuerda vagamente que estaba sin trabajo. A José Luis, que es joven, no le preocupaba mucho esto. Pensaba que podía enrolarse en alguno de los buques que llegan con petróleo, al puerto, todas las semanas. Buen sueldo, buena comida y el trabajo se pasa rápido cuando se hace el primer viaje, cuando la ruta es larga y se recalca en muchos puertos.

Pero ahora está aquí solo. Solo porque ya el otro hombre no cuenta. No puede hablar y a José Luis lo que le molestaba eran sus palabras.

—Has venido al mundo desnudo y hasta ahora no has hecho nada. Ni siquiera te has sabido hacer. Estás vendido a tus recuerdos, a tu mundo de muchacho, a tus paisajes de niño. Por eso no comprendes nada. Eres un animal feliz. Las situaciones límites jamás se te han presentado.

Nunca —lo comprende— hasta esta noche. Fué más fuerte que él. Por eso le venció. Porque José Luis está vencido, angustiosamente vencido por el cuerpo de un hombre muerto en ese rincón de la habitación donde la luz débil de la lámpara no alcanza.

Los hombres que llegaron con el último carro se han ido. El patio queda en silencio y el guardián va apagando todas las luces. Luis sabe que, de un momento o otro, vendrá este guardián. No se lo puede explicar, pero no tiene prisa por abandonar esta habitación. No le importa que llegue y descubra su crimen. Ahora quisiera poder beber. Tiene sed y sabe que el agua que hay en una botella no podrá calmársela. José Luis no sabe

LA SOLEDAD VENCIDA

aguantar su soledad, su fracaso de hombre. Por eso ha empezado a beber. Bebe desesperado, hasta anularse totalmente. Al principio fué sorprendente el alcohol. Le hizo salir de sí mismo. Se sentía alegre. Era un mundo nuevo, desconocido, el que se ofrecía a sus ojos de borracho. Y en esta habitación no hay una botella de ron. El jefe le prohibió beber.

Bajo el barro y la sangre sus manos están tibias. Una tibieza animal, como el lomo de un gato o la grupa de un caballo joven. Se pasa las manos por la cara sin temor a ensuciarse, a mancharse de barro o de sangre. La barba le ha crecido en los últimos instantes. Es una barba que ha nacido del miedo.

Mañana no podrá volver a casa. Ya nunca más podrá sentir la miseria de su casa; las palabras del hermano pequeño, que le admira, que tiene fe en él. Ya no podrá hacer nada, ya no le queda nada por hacer.

—Con gente como tú sólo es posible realizar ideas mediocres. Te salva nada más que tu juventud, algo que es imposible que entiendas.

—Calle, calle por favor.

Todos los domingos, después de mediodía, se reúne con otros amigos en una taberna de su barrio. Es un pobre tabernucho donde husmean muchachas ojeras, ladrones, vendedores ambulantes. Este grupo de amigos son los únicos clientes que llevan una vida limpia. Trabajan en las canteras, picando piedra, rompiéndose las manos y los pulmones, quemándose al sol. Y al final de la semana un jornal mísero. El ron hace olvidar muchas cosas.

Conoció al jefe, ahora si lo recuerda, una mañana de fiesta. Llegó a la taberna, pidió permiso para sentarse con ellos y les habló de multitud de cosas que no entendían. José Luis no puede explicarse cómo este hombre podía acompañarles. Vestía casi elegantemente. Iba, cosa que les molestó bastante, intensamente perfumado.

JULIO TOVAR

Era un perfume distinto a los que hasta entonces había sentido. Un perfume caro, para hombres ricos y mujeres que no han trabajado jamás.

—En vosotros está nuestra confianza. Sois jóvenes y tenéis un mundo por delante que rehacer.

Se sintieron dominados por las palabras, presos en aquellas ideas nuevas para ellos. Fué, para José Luis, como si al levantarse un día cualquiera todo su alrededor hubiese cambiado. Como si volviese a nacer de nuevo.

Recuerda José Luis sus primeras salidas de noche con este hombre. Había mucho trabajo que hacer. Muchas circulares que llevar.

Por estas salidas tuvo muchos disgustos. A su familia, aquella madre vieja y agotada por el trabajo, aquel hermano pequeño que le admiraba, esta amistad les resultaba un tanto ambigua y confusa. ¿Qué pretendía aquel señor de estos hombres que no podían entenderle, que no sabían decir sus mismas cosas?

La calma de esta habitación es rota por una sirena de alarma. José Luis recuerda que algún compañero, como estaba previsto en el plan, habrá hecho explotar los oleoductos del puerto.

—Piensa que mañana te detendrán; no podrás justificar nada de lo que has hecho. Has robado. No te preguntarán por qué. Solamente saben que has robado y eso basta. Además no has podido siquiera salvarte. Tu soledad no fué vencida, porque eres un enfermo. No sabría decirte de qué enfermedad.

—Me ha engañado. Para esto no valía nada todo lo que ha dicho. Las esperanzas que fueron naciendo en mí, las ilusiones que se despertaron, todo ya está definitivamente perdido. Ahora ya no sé nada, estoy solo otra vez.

Fué entonces cuando sintió su manos, sus músculos, sus años apenas vencidos por el trabajo o por el alco-

LA SOLEDAD VENCIDA

hol. Supo que era más fuerte que el jefe. Que mañana no podría acusarle de nada.

Apenas hubo lucha. Le golpeó fuertemente la cabeza con la pistola. Le vió sangrar y caer pesadamente al suelo. Fué cobarde. No debió pegarle con la pistola, pero sintió asco de golpear con sus puños aquella cara que le miraba con ojos asombrados.

Al sentirlo caer, se serenó totalmente. Ya no le era posible escapar de nada. Estaba más unido que nunca a este hombre. No eran sus palabras sino su propia sangre lo que le ataba fuertemente a él.

—José Luis, cuando vengas de ese viaje quiero que nos casemos. Tendrás un poco de dinero y será más fácil todo.

Y aquel hombre le negó este dinero. Le habló de la causa; aquel dinero no era de ellos. No era un dinero para hacer la felicidad de un hombre, sino para todos los hombres que les seguían. Para una lucha que significaba la redención de todos. José Luis piensa que pudo quedarse con él y no volver a esta casa. Pero no tuvo valor y vino. Todos le han visto entrar. El guardián que ahora empieza a subir la escalera le ha reconocido y, al verle, le ha dado las buenas noches.

—Buenas noches, José Luis. Te espera arriba el jefe. Hace ya bastante tiempo que te espera. ¿Todo ha salido bien?

Sí, todo salió bien. Todo fué fácil. Nadie le conoció cuando atracó a aquel cobrador de banco. No tuvo que hacer uso de la pistola que llevaba en su bolsillo. Aquel pobre hombre, que llevaba una vieja cartera, no opuso resistencia; se la entregó sin decir nada, sin hablar casi. Sólo recuerda sus ojos, aquellos ojos asombrados que le miraron con miedo, con un miedo absurdo, grotesco.

No quedan sino cuatro o cinco escalones para que, de pronto, aparezca el guardián. Maquinalmente se ha

JULIO TOVAR

acercado al rincón y ha vuelto de cara a la pared el cadáver. Sobre él ha empezado a arrojar, con rabia, los billetes que estaban hace un momento sobre la mesa.

Mañana no será ya nada. Ya no hay mañana. Hay esta rabia que ahora le domina. Estas manos nerviosas, estos ojos cansados, estos labios que arden de sed, de una sed que no podrán calmar ni el agua ni el alcohol.

¿Cómo sería mañana en su casa? ¿Iría Juan a la escuela? ¿Qué dirían las comadres, los viejos sentados en los pretilos de las aceras de su calle, cuando lo supiesen?

—Con el dinero que traigas nos podremos casar. Yo te ayudaré; trabajaré como tú lo haces. Pero ten fe, José Luis, no temas; estaré siempre contigo.

Se ha abierto la puerta. El guardián le mira, extrañado de verle con los brazos levantados, con las manos manchadas de barro y sangre.

—¿Qué ha ocurrido, José Luis?

Señor, ¿qué ha ocurrido? ¿Por qué me has dado la parte más amarga de la vida?

--Lo has matado, José Luis, y era tu amigo; no sabes cómo hablaba de tí.

José Luis sí lo sabe y se lo va repitiendo mentalmente, mientras sus labios confirman que lo ha matado porque quería todo el dinero para él.

(Tú no podrás vencer tus recuerdos. Estás muerto, muerto desde el primer día que nos vimos. Eres un desilusionado y nosotros queremos hombres vivos, hombres sin fantasmas, sin soledad).

Y él está vivo. Pero en ese rincón del cuarto, donde la luz débil de la lámpara no llega, hay otro hombre muerto. Sus ojos abiertos miran hacia la luz, pero ya no hay a su alrededor sino sombras.

NOCHE DE VERANO

Sobre la mesilla de noche, en un porta-retratos con marco de cuero repujado, hay una fotografía de mujer. En la penumbra, la imagen apenas se ve. A su lado, un libro con las páginas a medio abrir. Juan, como otras muchas noches de verano, está echado sobre la cama, a medio vestir, ganado por el insomnio. Juan ocupa su misma habitación de soltero. Cerca, la mujer y los niños duermen en un cuarto con las ventanas al patio; la abuela, al fondo, junto a la cocina. Como las puertas de su habitación están abiertas, ésta se llena de olores acres de guisos y de un ligero perfume de jazmín que viene del patio. Ha sonado la una en un reloj próximo. El tiempo es de levante y hace calor. El tiempo parece detenerse, eternizarse en una hora, casi se hace grávido para pesar sobre los pensamientos y los sueños. Juan está a solas con este insomnio que le vence y le tortura.

(Las noches del verano me dejan una sensación profunda de suciedad, de asco. Es tarde, ya medianoche, y me revuelvo en la cama y no llega el sueño. Pienso en mi vida y todo se llena de oscuridad; me digo, ¿por qué no puedo ser feliz, por qué no estoy conforme con mi vida, con lo que soy, con lo que hago? Y me gana el desaliento. Enciendo la luz y me levanto. Voy hasta la ventana; en la calle permanecen aún las luces encendidas.

JULIO TOVAR

Las jacarandas están inmóviles, sin una mano de brisa que las mueva. Alguien camina despacio por la acera. Le veo desde lo alto, desde esta ventana de un segundo piso. Es un hombre joven, lo sé aunque sus pasos sean lentos y cansados. Quisiera llamarlo para charlar un rato, para que no me fuera tan pesada, tan angustiosamente pesada la noche; pero no le conozco, no sé su nombre y le dejo marchar. Voy hasta la mesilla de noche; abro la gaveta y cojo un paquete de cigarrillos. He fumado mucho y me siento la respiración cansada. Enciendo uno y paseo. He apagado la luz, pero puedo ver todos los objetos por la claridad que me llega de la calle. El humo, al aspirarlo, me hace toser. María, que está aún despierta porque tiene que darle el biberón a la pequeña, a la una y media, me oye. Desde su cuarto me pregunta:

—¿Te sientes mal, Juan?

—No, mujer; estoy bien; es la tos del tabaco, ya sabes...

—Por favor, deja de fumar y acuéstate; quizás puedas dormir, sabes que lo necesitas, llevas así muchas noches...

Pienso, ahora, en el cuerpo de Teresa; en sus hombros, en sus cabellos, en sus ojos azules, y, sin embargo, la imagen se borra para dejarme, tan sólo, la piel sudorosa, el brillo gráseo de sus mejillas, de su frente. Quisiera que mis pensamientos estuvieran llenos de serenidad, de ternura, y no encuentro piedad en ellos para esta mujer que ha ido engordando, envejeciendo junto a mí. Me digo, ¿es posible que sea esta Teresa, aquella muchacha de mis veinte años? Y recuerdo los paseos ilusionados, las esperas de novios, las primeras caricias, y el recuerdo me hunde más, me distancia más, me vacía totalmente de comprensión.

Mañana, bueno, mañana me levantaré temprano: habrá mucho trabajo y otra vez don Gonzalo, ese hombre que me ha ido envejeciendo con sus insultos y que

NOCHE DE VERANO

me llena de rencor todos los días un poco más. Claro que, por el trabajo que hago para él, me paga bien, pero ¿es necesario que yo tenga que aguantarle todos los días? Has de sufrir mucho, estás casado, tienes una familia y no estás libre.

—Sé, Juan, que sufres, pero tienes que darte cuenta de que tú no estás solo, estoy yo, las niñas, la abuela...

Teresa dice siempre estas palabras; pero mi mujer se queda en casa, habla con las vecinas, se apoltrona cada día más, engorda, suda y se baña; si está aburrída sale a la calle y pasea... Me estoy llenando de resentimiento; no sé si este verano está haciendo aún más hondo mi fracaso, dejándome, con el sudor que no puedo aguantar, este asco de todo, esta miseria de vivir así, una vida pequeña llena de mezquindades y de egoísmos...

Vuelvo a encender la luz. Hay un libro empezado a leer, sobre la mesilla de noche. Aún no he cortado todas las páginas y, aunque he leído poco, ya está la portada manchada del sudor de mis manos, de este sudor que es más fuerte que yo, que, acaso, sea más fuerte que mis propios sufrimientos. Y me vuelve la imagen de ese hombre. Y los ojos de Teresa me ven, desde esa fotografía de soltera, llenos de esperanzas. El haberme unido a él en unos negocios sucios, no lo puedo entender si no es por mi familia. Recuerdo que le dije a Teresa:

—Don Gonzalo, ya sabes, el del suministro de buques, necesita un contable para legalizar un poco sus negocios. Me ha ofrecido un buen sueldo. Aunque me de la dejar a don Nicolás, un puesto honrado, un buen empleo, el sueldo que percibo no nos da para nada. Le siento un gran afecto, pero él comprenderá...

—Yo no lo pensaría más; no nos podemos unir a nadie por pequeños afectos; ya sé que hace muchos años que trabajas con él, desde que saliste de la Escuela de Comercio, pero, aunque te trate bien, aunque le tengas gran estima, el sueldo es miserable; puede ser que el ne-

JULIO TOVAR

gocio no dé para más. El, sí, él vive bien; sus hijos estudian en colegios caros, su mujer puede presumir, y tú, que le sacas las castañas del fuego en sus trapisondas, ¡porque las habrás!, ¿verdad?, tú vives miserablemente. ¿No te das cuenta, Juan, de que somos jóvenes, que tenemos derecho a vivir mejor?...

—Teresa, por favor, no te llenes de rencor. Date cuenta de que así es la vida y a mí me ha tocado la peor suerte.

Corre un poco de brisa. Me siento mejor. Teresa se ha levantado; la siento pasear; debe estar dándole el biberón a la pequeña. Lo he decidido, pero a mi familia no le diré nada. Soy joven aún y con las pesetas que me den por mi despido voluntario, podremos vivir un par de meses. Luego, en este tiempo, ya encontraré algún lugar donde trabajar. Con don Nicolás, no vuelvo; significaría para mí reconocer mi fracaso.

El tabaco que fumo está bastante seco. No sé por qué esta manía de fumar tabaco rubio. Todo el mundo sabe el mal que hace y, sin embargo, no puedo fumar habano, me produce mucha tos, me deja la ropa oliendo a miseria, a viejo, como dice la abuela.

—Juan; ¿es que vas a estar toda la noche en vela? Si quieres puedes hacerlo, pero apaga la luz, así ahorraremos un poco; porque el mes pasado, chico, la cuenta de la luz fué bastante subidita...

Teresa ha entrado en la habitación y me ha sorprendido, sentado con el libro entre las manos. Apenas si la he sentido llegar, casi no me he fijado en ella. Escucho sus palabras y me hacen olvidarme un poco de todo. Quisiera que me dejara solo, pero no me atrevo a decirselo. Temo sus reproches, sus palabras llenas de cariño, de fidelidad, que no llego a comprender totalmente.

—¿No te habrás olvidado de que mañana tienes que hacer el vale? Con ese dinero podemos tirar hasta fin de mes y comprarle a Juanita los zapatos; la niña ya no pue-

NOCHE DE VERANO

de salir con los blancos a la calle; se los dejaré para dentro de casa...

No sé por qué no puedo contestarle, decirle que ya no haré más vales, que la niña se pasará todo el verano con esos zapatos estropeados, que no tendrá la blusa que tanto ha deseado; y me sorprendo de mis propias palabras, de no rebelarme contra esta comedia grotesca si no fuese humana:

—Sí, Teresa, lo haré. Te traeré también esa blusa que has visto en la tienda, ¿no es mañana tu santo? Puedes invitar a algunos amigos a merendar, ya sabes..., pero, por favor, déjame, quiero estar solo, ¿lo entiendes? Sé lo que tengo que hacer, pero, por Dios, déjame... Sí, apagaré la luz, no fumaré más esta noche, intentaré dormir, me tomaré una de esas pastillas que tan bien le han sentado a tu hermano...

—Yo sé que sufres, Juan, y yo sufro contigo, pero...

—No digas nada, no hables...

—Hoy estás imposible. ¿Eres así cuando estás con tus amigos en esas tabernas donde te metes todas las tardes? Y no me digas lo mismo, porque ya me lo sé: "el vino no me gusta, los amigos me resultan insoportables, pero el alcohol nos hace salir y olvidarnos de nuestra propia miseria". ¿No te parece que eres injusto conmigo, que no es agradable para mí escuchar estas palabras?

Teresa trae el salto de cama bastante arrugado. Hay un suave contraste entre su piel blanca y el rojo de la tela. Todo su cuerpo está sudado; la comisura de los labios, la frente, las manos que ahora juegan con mi pelo. Tengo sed de limpieza, de claridad, de mañanas llenas de agua.

—¡Hombre, no seas tonto! Sabes que te he perdonado muchas cosas porque te quiero, Juan, aunque pase lo que sea, te quiero...

—Está bien, mujer, lo sé; pero déjame, por favor; quiero estar solo.

JULIO TOVAR

La veo salir. Me han dado bastante lástima sus palabras. Yo quisiera poder satisfacer todos sus caprichos: que mis hijas fueran felices como yo no lo he sido, aunque signifique para mí renunciar a muchas cosas, incluso a mi propia hombría. Don Gonzalo, mañana, seguiré aguantando sus groserías, todas sus burlas, todas mis penas. Quiero que todo siga igual, que mañana mi hija se sienta contenta por unos zapatos nuevos y mi mujer me bese agradecida por esa blusa que le he comprado en el día de su santo... Aunque yo siga aguantando. Porque no estoy solo, porque mi soledad es mentira... La noche del verano ensucia mis ideas y me hace cobarde, y pienso si realmente amo a Teresa, si estoy unido a esta familia que yo he hecho, si mi soledad no es el vacío de una vida que no es la mía, que estoy viviendo, o soñando, por mimetismo ..)

Juan ha apagado la luz. En la calle corre una brisa del mar. Hay olor a algas y el aire llega tibio. La habitación está débilmente iluminada por una luz que Teresa ha encendido en el pasillo. La pequeña está llorando. Teresa le canta en voz baja una canción de cuna para dormirla: Duérmete mi niña, duérmete mi amor... Juan la escucha desde la cama. En la duermevela que le domina, las cosas, ahora, van perdiendo aristas; con la penumbra parece como si se llenaran de mayor claridad.

CON LA LUNA DE AGOSTO

Con la luna de agosto pasaron los romeros y llegó el aire caliente del levante. Con la luna de agosto —también—, se mató Antonio. Antonio tenía cincuenta y cinco años. el pelo amarillo como la panocha, los dientes negros por la nicotina del tabaco y los cueros más ennegrecidos aún por el sol y los vientos de la intemperie. Antonio, como un viejo pícaro, anduvo los caminos y mendigó las calles.

Con la luna de agosto, se lo encontraron en el camino. Colgado de un árbol, y la luna, una luna redonda y amarilla, guiñando un ojo por los cielos. Debajo, casi lamiéndole los pies descalzos unos perros ladraron a la madrugada. Los chiquillos, asombrosos niños madrugadores, con cántaros de leche en las manos y sombreros de paja en la cabeza, gritaron su miedo por el camino. El camino era tierra rojiza, árboles pequeños y unas casuchas, al borde, diminutas como las de un pueblo de juguete.

Con la luna de agosto —también— don Luis recibía su dula de agua para refrescar sus campos de maizales y el cansancio penoso de las vacas. Se durmió con el véspero y lo vió, alargado por la luz de la luna, como un espanta-hombres gigantesco. Don Luis, cuando se reunieron los vecinos, dijo sentencioso:

—Es necesario llamar al juez. Siempre estas cosas

JULIO TOVAR

traen malas consecuencias. Se nos molesta, se nos trae y se nos lleva, y yo pregunto: ¿para qué? Si está muerto, pues que lo entierren; de nada servía, era un inútil...

Don Luis —lo saben todos los vecinos— es un hombre honrado y trabajador. Don Luis se pasa las horas, desde la pequeña terraza de su casa campesina, viendo a los peones arar la tierra, sembrar las sementeras. Antonio caminaba la tierra, despertaba a los chicos, hacía ladrar a los perros. Antonio llegaba, con una bendición de Dios, dando tumbos, no cayéndose de puro milagro. Su voz sonaba cada madrugada. Con la voz, la musiquilla de su timple. La canción se quedaba, asombrosamente, pegándose al camino y a los oídos desvelados:

“Ya estoy llegando a la casa
donde vivo y peno yo”...

La casa de Antonio estaba junto al molino. Cerca, unas casas de campo, pretenciosas, con sombra y cales blancas en las paredes, mujeres zurcidoras en las ventanas y ojillos curiosos tras los postigos. Alguna abuela gritaba al niño que jugaba en el camino.

—Cuidado, Andresillo, que vienen las carretas.

Las carretas pasaban, con sacos de trigo, lentas y solemnes. Detrás, un perro vagabundo y después, cuando se serenaba el polvo, Antonio. Antonio, que había dormido hasta las cuatro de la tarde porque el vino de la mañana traicionó y rindió sus fuerzas, desabrochada la camisa y el pelo rubio cayéndole sobre la frente sudorosa.

Con la luna de agosto, Mariquilla, la de Frasquita, se fué de romería y no volvió más a casa. Detrás de los postigos, las viejas afirmaban:

—Yo se los decía... Mucho baile, mucho palique con los hombres y sin hacer nada...

La coruja, un buho viejo, se subió al árbol. Desde

la penumbra, los ojos de los niños quieren verla. Y se inventan historias:

—Anoche mi hermano la vió, le tiró y ella le dió en la frente con una piedra... Le hizo un chichón tremendo.

—Pues no se le nota.

—Es que mi madre le puso una perra gorda en la frente.

Antonio pasó cuando la coruja dejó el árbol. Antonio pasó muchas noches cantando. Los niños le saludaban:

—Adiós, Antonio.

—Adiós, adiós...

En los canales corría el agua fresca. Venía desde los altos de las montañas. Las mujeres abrían las atarjeas y sacaban el agua con cacharros de aluminio. Alguien, que esperaba su dula de riego, gritaba:

¡Ladronas!, ¡ladronas!

Las mujeres no vieron a Antonio. A decir verdad, Antonio no estaba presentable para que le vieran las mujeres.

Antonio trabajó unas semanas. Fué por la siega. El camino estaba fresco y las nubes cubrían el sol, lloviznaba por la mañana y al anochecer hería las plantas el frío de un invierno que no llegaba a acabarse. Antonio ansiaba los días de sol, la siesta en la penumbra de los portales o bajo los árboles del campo, las mañanitas de ron y las tardes de envite. Antonio tenía un hijo. Era pequeño, rubio y holgazán como el padre. De tal palo, tal astilla, decía la gente y no dejaban de tener razón. Le gustaba el verano porque podía ir al monte con los cazadores y compartir su pan. Llevaba un señuelo de goma que hacía sonar como el canto de la codorniz. En el invierno, la dureza de la mendicidad callejera en la ciudad y la huída delante de los guardias que le perseguían. El corría, pero les gritaba:

—Guardias, guardias, no me pillan.

JULIO TOVAR

Si le daban alcance, él sabía lo que podía ocurrir. Algún que otro bofetón y una noche en el calabozo. No se lo llevaron al reformatorio, porque el muchacho era de natural noble. O porque el delito no era tan grave como él se lo imaginaba.

A Antonio, unos señoritos guasones le invitaron un día a comer. Creyeron que iban por lana y salieron trasquilados. Antonio no soportaba ciertas bromas, vinieran de donde viniesen. El era un trotamundos, o vago, o lo que fuera, pero respetaba a la gente. El eligió su camino y así realizó su vida; y luego, cuando los años empiezan a debilitar las piernas y a cansar al corazón, entonces... Los señoritos tenían los trajes y las camisas limpias y las palabras melífluas. Perfumados y limpios como mujeres, decía Antonio. Detrás de la venta, la gañanía y el olor a estiércol. A Antonio querían meterle gato por liebre y no lo consiguieron. Se insolentaron y se cambiaron palabras. Pero Antonio tenía un rico vocabulario y una hombría puesta a toda prueba.

—Si es por oírme, ya está bien. Yo vine a tocar el timble y a cantar. Ustedes comen, después, cuando ustedes terminen el yantar, empiezo yo... No me ofendo por ello. Los hombres todos nacimos igual; luego las ropas parecen hacernos diferentes.

Lo que le pasó a Antonio nunca se supo y él no quiso decir nada. Ello le vale el respeto de los vecinos. El ya no lo recuerda, o, acaso, estaba demasiado borracho para luego poder recordarlo. El ventero se fué de la lengua, pero Antonio decía:

—No le hagan caso, es buen amigo y bastante guasón.

Antonio tenía una barragana que le lavaba, de vez en cuando, la ropa y le aseaba la casa. Se llamaba Petra y tenía las manos duras y la palabra brusca como un hombre. Si alguien le preguntaba por ella, él contestaba:

CON LA LUNA DE AGOSTO

—Bueno, ¿y qué sé yo? No voy a llevarla siempre en la razón. Eso sólo sirve para perder a los hombres. La mujer a esperar y uno a no pensar mucho en ella que si no se nos debilitan las carnes.

Con la luna de agosto llegaron las primeras nubes de verano. Comenzaron a rodar por las cumbres y bajaron hasta el llano, hasta los campos del trigo ya segado. Con el levante el camino se llenó de ruidos de motores —automóviles y camiones que pasaban por una carretera cercana— y de un fuerte olor a establo y a porquerizas. Con el verano dicen por los pueblos que se asoma a los campos el diablo de la lujuria y la sangre se desata; con el verano, también los hombres se matan y enloquecen. El sudor y la fatiga son malos compañeros de la serenidad, dicen por ahí A la fresca de la noche los árboles parecen llenarse de lágrimas, dice alguno, pero eso nadie se lo cree.

Antonio se fué al monte cuando el servicio militar. Si le preguntaban algo, cuando regresó, él respondía:

—¿Para qué me querían a mí? Yo nunca serví para nada. Bueno, para algo sí; para tomarme un vaso de vino con los amigos, pero con esto no se gana una guerra.

Con el amanecer lento y caliente llegó el juez. Llegó en automóvil rojo y reluciente. Los chiquillos que no se atrevían a mirar a Antonio colgado del árbol, curiosos, rodearon el automóvil. El juez les dijo:

—Niños, a casa.

Y los niños se fueron hasta la atarjea y se sentaron solemnes. Algunas mujeres se asomaron a los postigos. El juez se acercó a los hombres.

—Hay que esperar.

—Sí, hay que esperar —repitieron.

Ellos, la verdad, no sabían qué era lo que había que esperar. A ellos les asustaba un poco, también, los ojos abiertos de Antonio, la lengua ennegrecida y el

JULIO TOVAR

torso desnudo por donde las moscas y las hormigas paseaban.

—¿Saben si tiene familia?

—Sí, un hijo.

—Pues alguien tendrá que decírselo y pedirle que venga.

—Hoy anda de cacería, es jueves y nunca se priva de ella.

—¿Es de por aquí?

Sobre el campo comienza una ligera mañana de sol. Hace fresco bajo las frondas, pero aún está caliente la tierra del camino y las paredes de las casas. Alguien se atreve a decir:

—Parece que cambia el Sur.

—Sí, está cambiando...

El juez lleva un sombrero de paja. El juez es alto, delgado. Parca en el hablar y firme en la espera. El juez tiene los ojos tristes y las manos nerviosas.

Cuando se llevan a Antonio al depósito de cadáveres para la autopsia, el aire se hace más fresco. Las mujeres empiezan a salir de las casas y los chiquillos gritan nuevamente por el camino. Cruzan los cernícalos, bajo el cielo emborregado. La fruta que maduró con el calor intenso se cae de los árboles, viejas y oliendo a podrido. El boyero pasa el camino con su pareja de bueyes, cantando. El boyero vive lejos, cerca de la cumbre. Pasan lentas las horas. El cielo y la luz ciegan los ojos.

Con la luna de agosto volvió el tiempo del Norte. Con la luna de agosto, también, retornó el régimen de los alisios. El cambio del tiempo lo dijo el periódico. La muerte de Antonio, no. La muerte de Antonio fué dicha de boca en boca, pregonada por las mujeres y los hombres, por los chiquillos y las viejas. "Murió con la luna de agosto"... Dicha la muerte a viva voz, como en un viejo romance de ciego.

MIGUEL, EL "TUERTO"

Con Miguel la vida no ha sido nada amable. No tuvo una infancia alegre, ni en la juventud las cosas le fueron mejor, y, ahora ya de viejo, sigue lo mismo: trabajando como una mala bestia para ir mal comiendo. Trabajó desde siempre. Desde que era muy pequeño, casi un niño, y tenía que levantarse con las claras del día para ayudar al padre. Cuando tenía doce años, e iba a las clases nocturnas de la escuela del barrio, le vaciaron un ojo —el derecho— de una pedrada. Después tuvo que dejar la escuela y trabajar, en la construcción, diez horas diarias para ganar treinta cochinas pesetas a la semana. A Miguel le llaman el “Tuerto” y, a él, esto ya le tiene sin cuidado. Al principio no; pero no era cuestión de estarse pegando con todos los chicos del barrio cada vez que le llamaban:

—“Tuerto”, ¿vienes con nosotros? ¿Quieres jugar a la lotería? “Tuerto”, “Tuerto”, que te llama tu madre, ¿es que no la oyes?

Su miseria y su rencor se le fueron metiendo en el cuerpo, secándole las carnes, vaciándole el corazón, y no tenía piedad con nadie. Esto, tal vez, porque nadie la tuvo para él. Aunque, si bien se mira —y esto lo ha pensado muchas veces— la piedad no deja de ser un prejuicio como tantos. Se veía sólo con un ojo. Si el otro es-

taba vacío, y esto era verdad, ¿por qué tenía que dolerle que le llamaran tuerto? Claro que estas cosas se entienden o no. Y, si no se entienden, se le retuerce a uno la razón y se sale por peteneras o por puñetazos, aunque uno sepa la verdad, su desnuda verdad.

El padre se le murió una madrugada, de una borrachera, y se quedó al cuidado de la familia, con la madre y dos hermanas. Al principio las cosas marcharon bien. Todos trabajaban y se iba tirando sin grandes apuros. Pero a la pequeña, a Rosa, se le iban los ojos por los trapos y los pies por el baile y ya se sabe lo que pasa cuando esto ocurre. La hermana mayor, María, se casó a los dos años de muerto el padre. Es pobre, bastante pobre, pero honrada y limpia. Rosa no es honrada ni pobre, aunque a él, tan de vuelta de tantas cosas, no le gusta que le hablen de esta hermana. Miguel —con sus cincuenta años a cuestras— sigue viviendo con la vieja. Vive en una casa de los barrios extremos de la ciudad y trabaja, todavía, de peón de albañil. Cuando cobra los sábados, hace lo del padre; emborracharse hasta que el cuerpo no aguanta más y se aflojan las piernas. Y llegar a casa y gritar a la madre toda su amargura y todo su rencor. La buena mujer no se queja, solamente se limita a decir como en una letanía:

—Eres como tu padre; de la misma casta.

A veces Miguel, cuando se le oscurece la razón, piensa si la madre no tendrá la misma madera de Rosa y ha sido honrada, solamente, porque el padre era muy hombre. Pero no es nada más que un mal pensamiento. El la quiere a su manera, sin engaños, reconociendo sus defectos y sus virtudes. Tiene mucha miseria y mucha amargura en su cuerpo para que se evada con estupideces, para que no sepa ver —aunque sea con un ojo sólo— y no reconozca su fracaso. En ocasiones, cuando no aguanta más y tiene que pegarse con alguien, muchos le dicen:

MIGUEL, EL "TUERTO"

—Estás lleno de envidia y de rencor, "Tuerto". Por eso haces estas cosas. Porque no te guste a tí no tienes derecho a pegar. Además...

—Además, ¿qué? Tu puedes aguantarlo y yo no; eso es sencillamente lo que pasa. A tí te puede engañar tu mujer, pero si yo tuviera esposa y me enterase de que me traiciona..., la mataría, ¿qué quieres? Yo soy así y no voy a cambiar. Entérate de que conmigo no valen las palabras.

Miguel, a los veinte años, tuvo una novia. La muchacha trabajaba, en una casa de señorones ricos, de doncella. "Gente —decía Miguel— llena de melindres, a las que todo le da asco y van por la vida, perfumados como mujeres, haciendo pucheritos por cualquier cosa, sin tener riñones para nada". En la familia se apreciaba bastante a la doncella. Trabajaba en la casa desde niña y la habían visto crecer. Cuando la señora se enteró de que aquello iba en serio, le dijo:

—Tú eres ya mayor, Mercedes, pero a mí me parece que ése, ¿cómo se llama?...

—Miguel...

—Sí, me parece que ese Miguel no te interesa. Ahora, tú haz lo que quieras. Yo te lo digo tan sólo. No me gusta, es un hombre que no me gusta; atravesado, pendenciero, lleno de rencor, borracho, esto lo sé... Bueno, me lo han informado.

Fueron novios varios meses. Miguel cambió bastante. No se emborrachaba ya los sábados y se iba al cine los domingos. A ruegos de Mercedes se compró una gafas negras. El sabía que todo era inútil. Ella se empeñó y él no pudo hacer otra cosa que comprarlas. "Algún capricho —pensaba—, cosas de mujeres". Miguel se decía:

—Esto no sirve para nada. Pueden creer qué... Yo sé que no. Todos saben que soy tuerto y porque a alguien

le moleste mi ojo vaclo, ¿voy a tamarlo? ¿Es que no me duele a mí más y me lo aguanto?

Miguel, el "Tuerto", no se ha hecho muchas preguntas. Vive porque tiene riñones para soportar la vida, porque si Dios le hubiera negado coraje hace tiempo que hubiese acabado. Un día tuvo una conversación con un compañero de oficio. El hombre, después de terminar rendido de cansancio, aún tenía aguante para ir de noche a la escuela. Lo hacía por los hijos, dos chicos que iban al Instituto, y a él le molestaba no saber leer. La mujer trabajaba de la mañana a la noche planchando secándosele los pulmones por el trabajo y tosiendo más cada noche.

—Miguel, el problema no es conformarse, pero tú estás lleno de resentimiento y por ese camino no llegarás a ninguna parte, tan sólo a que un día...

—Los sermones, te los guardas. A mí la verdad, no me sirven para nada. Yo se lo que quiero, ¿por qué no te haces cura? Serías...

—Si quieres entenderme, bien. Con esa pasta de que te han hecho no creo que llegues a ser feliz...

—Y tú, ¿lo serías en mi lugar? Y no me hables de bondad. Si no fuera porque les puedo, otro gallo cantaría. Lo que hay que tener es valor y dejarse de palabritas, amigo. Nací sin derechos y no estoy obligado a nada. Porque soy fuerte la gente me respeta. Me tienen miedo... Cuando era chico todo era distinto. No creas, ya me he conformado con mi desgracia. ¿Cómo te suena a tí "Tuerto"? ¿No te dice nada, verdad? Pues a mí...

A Juana la conoció en una taberna del puerto. Vivía arrimada con el dueño. Aún estaba de buen ver. Tenía el pelo negro, los ojos largos, la carne prieta. Se hablaron, a escondidas, muchos días y, una noche, ella se marchó a vivir con él. A la madre, desde el primer día, no le gustó Juana.

—Te traerá la desgracia, hijo. Estas mujeres siem-

MIGUEL, EL "TUERTO"

pre traen desgracia y tú puedes conseguir una mujer honesta, eres joven todavía...

Miguel pensó que su hermana también le había llevado la desgracia a alguien, pero ella vivía muy bien. Bueno, esto lo sabe por las vecinas, porque él hace muchos años que no la ve... Algunas veces ha estado en casa a ver a la madre y siempre fué en horas en que él estaba en el trabajo. Se enteraba porque ese día la comida era mejor y la madre tenía un traje o unos zapatos nuevos.

Juana era muy aseada. Todo el día se lo pasaba limpiando los dos pequeños cuartos. Compró unas cortinas para las ventanas y un crucifijo para la alcoba. Miguel no se preguntó si la amaba. Le gustaba, y lo demás le importa muy poco. De Juana no hablaba con nadie y nadie le preguntó nunca nada. Ansiaba llegar, ahora, temprano a casa y sentarse junto a la ventana. Desde allí su ojo veía jugar a los chicos en la calle. Los dedos de Juana le acariciaban el pelo y sentía su cuerpo aún joven, junto al suyo. Se hizo más amable con la gente. Se decía, cuando él no estaba presente:

—Al "Tuerto" lo han cambiado. La carne joven ablandó la pasta...

Arriba, en lo alto, sobre los andamios de madera, Miguel, el "Tuerto", se sentía feliz. Ya las horas no pesaban tanto, porque se sentía útil para algo. Desde arriba todo se empequeñece y parece perder valor. Y no se quejaba y sus hombros no sentían el dolor del hierro, el roce de las sogas. Las manos endurecidas eran fuertes y se agarraban firmes a las cuerdas. Subían los bloques, los cubos, las bolsas de cemento en el montacargas y no se perdía el ritmo del trabajo en diálogos inútiles. Hacía horas extraordinarias y el cuerpo parecía haber perdido cansancio. Deseaba ganar dinero, era necesario aplacar un poco la miseria.

Una noche, al llegar a casa, era comienzos del oto-

ño, Juana le esperaba junto a la ventana. Se había puesto el traje nuevo. Miguel se acercó, como siempre, y la besó. Los labios sintieron el sabor graso del pelo. Un perfume de brillantina ruín le envolvió. Comenzó a quitarse, en silencio la chaqueta. Era sábado y había cobrado la semana. Sacó el dinero del bolsillo y lo fué poniendo sobre la mesa de noche. Juana le miraba hacer y de pronto se levantó y le dijo:

—Tengo que irme, Miguel; es necesario que me vaya. Si siguiera aquí no te traería sino disgustos. Tengo que irme ahora...

—Es tarde, mujer, puedes hacerlo mañana... Esta noche podríamos ir al cine.

—Ha de ser hoy, mañana no sé si podré hacerlo. Tú me gustas y has sido muy bueno conmigo. Yo te dije que un día esto había de ocurrir, ¿recuerdas que te lo dije?...

—Sí, lo sé, pero ¿que quieres? Me he acostumbrado a tí y yo que he vivido siempre tan sólo, no sé que voy a hacer ahora. ¿Es que no te hice feliz?

A Juana le dolía la escena. Sabía que Miguel estaba sufriendo, pero todo se había acabado. Había de tener valor. Si dejaba pasar esta noche, mañana ya no se marcharía.

Además, el hombre estaba fuera, en la taberna, con unos amigos y la esperaba desde media tarde. Miguel se sentó en la cama. Tuvo ganas de llorar. Pensó que todo en él había sido siempre algo que había de terminarse: la amistad, el amor, las ilusiones, todo siempre acabándose sin hacerse totalmente. Recordó las palabras de la madre:

—Te traerá desgracia, hijo estás mujeres siempre traen desgracia...

Y estaba sentado sobre la cama, Juana había guardado la última prenda en su maleta de cartón. Le pasó la mano por el pelo y sintió, de nuevo, la tibieza de su

MIGUEL, EL "TUERTO"

cuerpo junto al suyo. Quiso abrazarla, pero se contuvo. No sabía qué decirle. No hubo en sus labios un ruego, o una palabra de reproche. Estaba otra vez solo, como cuando niño, frente a los demás:

—“Tuerto”, tú nunca serás feliz. Estás lleno de resentimiento...

Siempre solo, desde antes, sin hacerse preguntas, sin poder responder a nada. Desde que era muy pequeño y tenía que levantarse con las claras del día para ayudar al padre; pero ahora la soledad pasaba más. Ya no era joven y el espíritu se había ablandado. ¿Por qué no hacía algo, lo que fuere, y seguía allí, quieto, sentado en la cama? La madre dormía en la habitación de al lado y se oía su respiración cansada de asmática.

—Juana, ¿qué vas a hacer? A seguir trabajando como una mala bestia, a llorar sus golpes, a llenarte de miserias...

—Lo sé, Miguel, pero tengo que marcharme. El me espera, me está esperando desde hace horas... Sufro tanto como tú, Miguel. Adiós...

El lunes, Miguel, el “Tuerto”, volvió al trabajo. Desde lo alto de los andamios, a cuarenta metros sobre la calle, las cosas se empequeñecen. El cuerpo está cansado y las manos han perdido viveza.

—Miguel, anda con cuidado...

—¿Qué te pasa? ¿No trabajo bien? Pues a aguantar. Si tienes miedo búscate otro trabajo. Yo no tengo miedo de caer y soy más joven que tú y hay una vieja que no me tiene nada más que a mí...

Se sintió las mejillas mojadas. El cielo estaba nublado, pero no llovía. Pensó si estaría llorando y miró al compañero que estaba a su lado.

—Dentro de un rato tendremos que dejar el trabajo, ya empieza a llover...

Miguel, el “Tuerto”, le apretó el brazo, luego, como si hablara desde lejos:

JULIO TOVAR

—Empezará a llover cuando Dios lo quiera, pero ahora yo estoy llorando, ¿es que un hombre como yo no puede llorar, aunque sea una vez tan sólo?

El agua que mojó los andamios era un agua primeriza que no se atrevía aún a ser lluvia. Los niños que iban a la escuela jugaban en la calle y, desde arriba, empequeñecidos más, se les veía correr y saltar. Cuando el agua mojó totalmente sus camisas bajaron del andamio. Eran las nueve de la mañana de un lunes de comienzos del otoño.

DON MARQUITOS

Don Marquitos es pequeño, seco de carnes, cetrino, de pelo cano y maneras indolentes. Viste un traje gris, raído, sucio; calza alpargatas y cubre su cabeza con una boina negra. A semejanza de cierta clase de mujeres, de una profesión noble y antigua como el mundo, tiene dos nombres. Don Marquitos se llama Rafael de buen bautismo, pero para esta guerra de todos los días, para esta puerca vida que el hombre lleva, se confirmó —sin que necesitara padrinos— Marcos.

Luego, la gente, por su natural amable, por su dicho hablar, comenzó a llamarle don Marquitos, y así ha sido hasta los cincuenta y dos años que el hombre aguantó sobre su cansado cuerpo.

Fué, en sus años mozos, un señorito de apellido ilustre —más por lo que le legaron, que por lo que él pudo darle— y de una buena fortuna. El vino, las juergas, el juego y más de una “vedette” de tercera clase —señoritas de los tabladillos— le han dejado la bolsa vacía y quebrada la salud. Y ahora, está a lo que caiga. Hace de todo por no hacer de nada, y sirve lo mismo para un barrido que para un fregado. En los fregados —bastantes tuvo, por cierto— fué a dar más de una vez con sus huesos en la Comisaría. Al principio, don Marquitos recordó sus buenos amigos —señoritos de la tertulia del casi-

JULIO TÓVAR

no— y, los tales, de nada le sirvieron. Todos, como si se supieran la misma lección, repetían:

—Mira Rafael, te confieso que no puedo ayudarte. Tú sabes que si yo pudiera hacer algo no era necesario que me lo rogases...

Don Marquitos adivinó, entonces, que el hombre es por naturaleza mal agradecido y no se sorprendió mucho, la verdad, de su descubrimiento.

Por intrusismo en una profesión que desconoce, o al menos en la que no se ha titulado —porque de enfermedades el hombre sabe de lo suyo por propia experiencia— estuvo unos meses en la cárcel. Tenía su clientela en un mundo absurdo de soldados, mujeres de mala nota, muchachitas pálidas y ojerosas, jóvenes —casi niños— que lloraban de miedo y se ruborizaban como doncellas cuando requerían sus buenos oficios.

Hubo un tiempo en que don Marquitos —entonces era el señorito Rafael de la tertulia del casino— pensaba que la moral era el pilar donde se sostenían la convivencia y la seguridad sociales, la bondad y el buen nombre de las familias. Pero esto ya pasó. La moral, como todas las cosas de este bajo mundo, sólo sirve para llevar a un buen hombre a la cárcel, aunque, valgan verdades, él se tuvo un poco de culpa por ingenuo. ¿Por qué hizo aquello? Hasta entonces siempre se había negado, pero este hombre que requería sus servicios era un buen amigo y no podía dejarlo ahora, en que, precisamente, necesitaba de él. Alguien afirma que lo que venció sus escrúpulos fueron los ochenta duros que el hombre le dió por el trabajo. Don Marquitos pensó que por una boca más no se iba a quedar el mundo sin pan, pero si así era necesario... Además las palabras le conmovieron profundamente...

—Esto es un compromiso para mí, entiéndelo Rafael. Mi posición, mi familia, mis hijos, ya casi son hombres y que yo venga ahora con esto. Tú no sabes, el

DON MARQUITOS

agradecimiento, el respeto de la gente, la tranquilidad de mi familia.

Después, si te vi ya no me acuerdo. Seis meses estuvo a la sombra, seis meses que se le hicieron interminables, como si hubiese vivido muchos años en aquella celda. Cuando terminó la condena, fué a visitar a su amigo y el hombre, desagradecido, no le recibió. Don Marquitos siguió viviendo de lo que cayera. Se le veía rondando por los muelles, vagabundo de sus soledades, con un cortejo de perros que le labraban, o unos chiquillos harapientos que, al verle pasar, gritaban: —¡Don Marquitos, sonrisal!

Hace muchos años, por el verano, don Marquitos se iba a una playa de moda, vestido impecablemente de blanco, a pasarse los calores y a quemarse la piel. Cuando regresaba a la ciudad venía con la carne más negra y la bolsa más flaca.

A veces, cuando se gana algunas pesetas por sus tercerías amorosas, se compra una flor. Siempre le gustaron los claveles y el ojal de la chaqueta, pese a estar raída y sucia. aún sirve para estos menesteres. Algunas muchachas que comienzan la carrera desde el taburete de la barra de un bar, o paseando la calle, burlándose un poco, acaso, le perfuman con "Embrujo de Sevilla" o "Promesa". Al hombre se le detiene la sangre, pierde su aire indolente, y le sale honda la voz cuando dice:

—Señorita, usted es encantadora. Si yo pudiera... Sí, la invitaría a cenar...

A un familiar, cuñado o esposo de una sobrina, le entraron deseos de salvar a don Marquitos de su ruina y le consiguió un empleo. Profesor o ayudante de una clase de inglés. Don Marquitos había estudiado inglés en un colegio caro, de niños ricos, y aún se defendía bastante bien. El hombre se gastó sus buenos duros en un traje de lana azul, ropa interior fina y una camisa blanca de seda natural, pañuelos bordados y zapatos

negros de ante. Don Marquitos se vistió aquellas prendas, se paseó el puerto y los bares de la marinería, hizo algunas visitas a viejos familiares que no sabían nada de él —y no lo deseaban tampoco— y, cuando ya se supo visto por todos, las malvendió a un marino de un petrolero panameño que tenía su misma talla. Don Marquitos no tuvo tiempo de ocupar su destino. Viéndose, cuando agotó el dinero que le dieron por la ropa, con un mono de dril y alpargatas, al hombre le entraron rubores de muchacha y se dijo que él, de esa manera, no se presentaba en la academia, ¿qué iban a pensar de su pariente? A la familia él nunca la dejaría en ridículo. La verdad es que el traje era bastante bueno, pero ya los cueros no estaban acostumbrados a finuras de telas caras.

Si hay algo que aún le duele a don Marquitos en este mundo del demonio, es coger su cacharro y ponerse en la cola, frente a los cuarteles, a la hora del rancho. Esperar a lo que caiga o pueda adueñarse. Algunas veces ocurre que una persona al verle y recordar otros tiempos, le cede el puesto. A don Marquitos le viene el llanto cuando esto sucede y las palabras le nacen trémulas:

—Gracias, señora, muy amable, pero un caballero...

A la mujer la llamaron siempre perra, mala pécora, o puerca, y “señora”, en los labios de don Marquitos, tiene un encanto desconocido. El hombre se marcha con su cacharro lleno de rancho y al pasar frente a la mujer, vuelve a repetir: —Señora, muchas gracias, mi agradecimiento la acompañará siempre...

Si duerme en la prevención —será porque se siente ya viejo— la noche es más tranquila, pero en verano es agradable dormir bajo los puentes, sintiendo sobre el cuerpo casi desnudo la brisa del mar. A don Marquitos no le gusta ya el invierno. El invierno sirve, él lo sabe bastante bien, para que las mujeres estrenen sus abri-

DON MARQUITOS

gos, o sus pieles, y los hombres malgastan el dinero. A veces, don Marquitos piensa que el verano es el gran igualador, que el verano lo democratiza todo. Si se dijera lo vulgariza estaría más en lo cierto, pero don Marquitos —como la gran mayoría— sabe ya muy poco de matices. Las noches del invierno sirven para el garito, para una aventura galante en una alcoba tibia y perfumada, para estarse hasta el amanecer con las cartas, jugando los buenos duros, y llenando los ceniceros de colillas y el cuerpo de sudor. La piel, bueno, la piel ya no es sino cueros insensibles. Todo se ha confundido en el alma de este hombre. La vida amable —en los primeros años—, sin un destino, sin una misión, la que fue-re, le ha dejado, en los sentimientos, arrumacos de hembra, viejas decadencias malditas, sin una libertad salvadora. Don Marquitos intuye, a veces, que su nombre lleva un poco de burla sangrienta. Es el grito de los chiquillos: “Don Marquitos, don Marquitos sonrisita”.

Antes fué distinto. El era joven y tenía dinero. A él le gustaban las mujeres, las joyas, las telas finas, los perfumes caros, aunque fuera poco elegante escogiendo. Don Marquitos se gastó una fortuna sin ir a París y, ya se sabe, sin ir a París no hay “sprit” posible. La elegancia, o la belleza, es algo que don Marquitos, el señorito Rafael no entendieron nunca. Le bastaba una mujer, la que fuera. Tenía alma de burdel y un apellido ilustre. Pudo ser un buen partido para cualquier mujer de la alta burguesía, con poco que se lo propusiera; pero el camino se torció, sin que su voluntad o su hombría sirvieran para algo. El recuerda a aquella amiga de su hermana que siempre le buscaba, que aprovechaba cualquier momento o lugar para insinuársele, que le perseguía por la casa y que, cuando se abrazaba a él, a don Marquitos le daban náuseas y se le retorció el corazón. La casa de la familia tuvo que dejarla por un pequeño escándalo. Fué porque, un mal día, le vieron con la don-

cella. La doncella tenía buena planta, los ojos negros, el pecho firme y los labios frescos. Don Marquitos la llenó de joyas, de trajes y le puso un piso en un barrio apartado. Algunos meses vivió en aquella casa. Un día —no había avisado su llegada, como acostumbraba a hacerlo—, encontró a la mujer con un compañero de la tertulia del casino. Don Marquitos se sintió vejado en su honor, en su hombría y en su honra de señor:

—Mercedes, es imposible... Joaquín, esto no puede quedar así. Yo no aguanto que se me burle...

En la tertulia la cosa se tomó a broma y don Marquitos tuvo que traspasar el piso y malvender los muebles. Las joyas y los trajes se los llevó la mujer. El era todo un señor...

A Mercedes, las cosas, también, le fueron mal. La ha visto, con frecuencia, en una pensión de mala fama. Hace la limpieza y, como don Marquitos, es tercera en amoríos. Cuando se ven recuerdan su vida pasada y la mujer le va volcando su intimidad, hablándole de aquel hijo que pudieron tener y se malogró por culpa de una caída.

Una mañana, en la cola que aguarda desde temprano, por fuera de la parroquia, a la hora de las limosnas, una mujer dió la noticia. A la mujer le lloraban los ojos y le temblaba la voz al decirlo:

—Don Marquitos se suicidó, se ahorcó anoche bajo el puente. Lo dice el periódico de hoy... Mala muerte tuvo, Señor, mala muerte...

Alguien, un pobre viejo con los cueros al aire y la melena llena de miserias, la voz aguardentosa y mal oliente, contestó:

—Y ese, ¿cómo tuvo riñones para hacerlo?

A don Marquitos no lo pasaron en carroza por la ciudad, ni le pusieron sus deydos una modesta esquila en los periódicos. Don Marquitos se fué, desde el barranco donde le encontraron muerto, en una caja de pi-

DON MARQUITOS

no sin forrar, al cementerio, sobre un carro de ruedas chirriantes arrastrado por dos cansadas mulas. La medicina legal certificó, después de la autopsia que, efectivamente, la muerte se había producido por dislocación de vértebras cervicales. La noticia que leyó la mujer de la cola de los pobres, decía solamente: "Un conocido mendigo, Rafael... (a) "Don Marquitos", ha puesto fin a su vida ahorcándose bajo uno de los puentes del barranco de... Descanse en paz la víctima de este suceso".

La fecha del periódico era la del 15 de julio de 1958.

LA VENTANA

No supo qué decirle. Se quedó allí, quieto, junto a ella. No se atrevió a mirarla siquiera. Le dolían los ojos tristes, los labios marchitos, la piel ajada de aquella mujer. Tenía miedo y le sudaban las manos. Había que hacer algo, lo que fuera: Ponerse la chaqueta y salir a la calle. Eran pocos más de las ocho y la calzada, mojada por la lluvia, rebrillaba bajo las luces multicolores de neón.

—Sí, saldré. Me mojaré un poco; creo que me sentará bien.

Pero se quedó quieto. El cuerpo es como de tierra —pensó—, tierra seca, estéril. Lo había dicho ella antes y ahora recordaba sus palabras con toda claridad. Tengo que estar tranquilo, así se calmará. No le volveré a decir nada, pero tiene que salir de ese mundo absurdo donde vive. Un mundo de recuerdos, de cosas que terminaron para siempre. Y pretende seguir viviendo en él, desviviéndose ella misma. Camina y no pisa la tierra y no sabe, tampoco, que la tierra le está manchando. Y yo... ¿qué signífico yo en todo esto?

Se levantó, llegó hasta la ventana, corrió la cortina de cretona y apoyó la frente en los cristales húmedos. El frío del cristal le alivió bastante. Dejó descansar la

mirada sobre la calle. Sus ojos se llenaron de brillos azules, verdes, rojos. Es alucinante esta mezcla de colores. Si pudiera pasear, caminaría mucho; hasta que mis pies se cansaran, hasta que no pudiera aguantar más y me dejara caer sobre la tierra... Las manos fueron finas y el trabajo las ha deformado. Sintió una ternura desconocida por aquellas manos. La mujer estaba, ahora, ovillada en la cama. En contraste con el traje negro, el rostro, la palidez marchita de su piel. Es penoso, y... Recordó otro día. Entonces era distinto. Más sencillo, ¿qué había ocurrido para que de pronto, todo se desmoronara, fuera cayendo y hundiéndole en su caída? Las palabras no sirven para nada, siempre se complican. Uno dice una cosa y luego... Como esta noche. Ella estaba alegre y ahora...

Sacó un cigarrillo. Lo tuvo en los labios, sin encender, unos minutos. Las manos le sudaban aún y tuvo asco de sí mismo. No puedo disfrazar nada; no sé engañar. Para ser feliz es necesario engañar, llenarse de ilusiones, tener esperanza... Se quedó leyendo la aleluya de la cajetilla de fósoros; le hizo gracia y volvió a leerla. Sonrió, sonrió por primera vez. No se por qué, pero me siento culpable... Ella dijo que nunca podría llorar, aunque le dolieran mucho las cosas. Sí, es difícil entender a las mujeres.

Sonó el timbre del teléfono. La mujer se levantó despacio, y, sin apenas volverse, dijo:

—Deja, no te molestes, contestaré yo...

La oyó hablar y no llegó a entender las palabras. Tenía el pensamiento y el corazón distantes. Recordaba el comedor de la casa. Era a esta misma hora, un poco más de las ocho de la noche. Los cuatro hermanos sentados a la mesa y la madre que servía la cena. La hermana más pequeña le había dicho:

—Cuando estés solo, te dolerá bastante...

—No seas imbécil, tú no sabes nada de esto.

LA VENTANA

—¿Quiéres callar? No debes hablar así a tu hermana.

Se quedó callado, pero ella siguió:

—¿No te das cuenta de que nos duele que hables así? ¿Qué somos para tí?

—¿Qué me importa ya todo? Sé lo que quiero y lo que busco, ¿no te parece esto suficiente? Es necesario decidirse a terminar y yo ya lo he hecho...

Y, ahora, estaba solo. Estaba solo mientras aquella mujer hablaba por teléfono y no entendía sus palabras. Era como estar viendo una escena tras los cristales: gestos nada más. En los labios, en las manos, en los movimientos. Y él, curioso, como si nada de esto le importara, como si no estuviera en esta habitación, como si la mujer fuera un ser extraño que apenas existiera. Volvió otra vez la mirada a la calle. Llovía con mayor intensidad. Pensó en tantas horas perdidas, no viviendo, engañando su tiempo con alcohol, con mujeres fáciles, con lecturas que le iban vaciando el alma de todo sentimiento, ahondando su rencor, discurriendo por los días sin saber nada, sin algo que le hiciera dar contenido a su existencia. Tenía que cambiar, se lo había dicho mil veces. Había que ilusionarse, engañarse, para poder soportar todo el peso de resentimientos que llenaban su pensamiento.

—Si quieres te puedes marchar; es mejor para los dos...

¿A dónde iría? Podría regresar a casa, pero tenía un gran cansancio. Se figuraba la escena de todas las noches: El solo, sentado a la mesa. Luego, se levantaría o iría a lavarse las manos. El olor del jabón le llenaría de una profunda frescura interior. Ni siquiera un ruido, unos pasos, un niño que ríe, una muchacha que canta, una luz que se enciende, nadie con quien hablar o gritar. Silencio, sólo silencio. Es triste todo esto, si fuera posible... No. No lo haría más. No se podía engañar.

Aguantaría firmemente su soledad, no dejaría que le venciera el abandono. No buscaría una compañía que... Se miró los puños de la camisa. Estaban sucios, como las manos, como la corbata arrugada, como el traje. Se separó de la ventana. Volvió a encender otro cigarrillo.

—Dame uno, por favor...

—Perdona, me habías dicho que no fumabas.

Lo encendió. La llama del fósforo puso en el rostro de la mujer reflejos rojizos. Casi —se dijo— parecen los labios frescos de una muchacha, el mismo brillo, la misma alegría. Y los ojos parecen más vivos, no se adivina tanto la tristeza. Le acarició el pelo y la mano se llenó de un tenue perfume de violetas.

Volvió otra vez a la ventana y corrió, nuevamente, la cortina. Los cristales estaban empañados. Pasó la mano por ellos para ver mejor. Frente pasaba una pareja de guardias con sus abrigos grises. Caminaban despacio, acaso se hablaban. Pasó un automóvil haciendo sonar la bocina con toda intensidad. Le molestó el ruido; lo sintió muy dentro, como golpeándole. Tengo que irme. ¿Qué puedo ya decirle? Ya le dije todo y sólo necesito estar en paz. Ella no importa. Ella está encerrada en su mundo, ¿acaso como yo? ¿Doliéndole tal vez las mismas cosas, sintiendo, tal vez el mismo asco de todo? No. Se siente molesta porque la he insultado. Tuve que hacerlo, tenía que liberarme; era necesario para no caer tan bajo, para que aún haya entre nosotros cosas que puedan salvarnos...

A la mujer el humo del tabaco la hizo toser. El no dijo nada. Miraba la calle; quería huir por los reflejos de las luces, por la pareja de guardias que hacía su ronda como todas las noches, por el automóvil que pasó haciendo sonar, estridentemente, la bocina, por los recuerdos de sus días de niño cuando el agua de la lluvia le hacía correr y gritar de alegría.

—Por favor, ¿quieres apagar el cigarrillo? No puedo

LA VENTANA

fumar, nunca he podido; me molesta mucho la garganta. Tienes que marcharte, es necesario que lo hagas.

—¿Te molesto?

—No. Tú sabes que nunca me molestas, yo soy... Tú lo sabes tan bien como yo, pero soy de carne y hueso; me duelen las cosas como pudieran hacerte sufrir a tí...

—No vayas...

—¿Por qué no terminas, por qué no dices lo que sientes, por qué no eres de una vez sincero y, aunque te duela oírlo, por qué no eres hombre y te enfrentas de verdad con la vida?

Ser hombre. Sí, lo había oído muchas veces. Ser hombre es tener voluntad de hacer, de no dejarse dominar por nada, de ir con paso firme, hundiendo los zapatos en el barro, pero él tenía miedo. Eso lo sabía. Miedo a no poder aguantar el fracaso. Pensó que si no viviera aquí, en esta pequeña ciudad donde todos le conocían, le gustaría marchar por los caminos, mendigando el pan por los pueblos, llevando en los ojos la frescura del alba, sintiendo en el corazón la alegría de una canción de trashumancia. Estaba lleno de literatura. Estaba todo aquello sonando a falso, oliendo mal en el corazón y en los labios. Tuvo la sensación, por primera vez, de que odiaba. Se odiaba a sí mismo y a los demás. Era un odio triste, bajo, sin valentía. Un odio que... No. Sintió el perfume tenue de violetas en sus manos. Lo sintió casi sin olerlo. Si fuera niño y pudiera llorar... Los hombres no lloran; hay que tener el corazón duro, no arrepentirse jamás de lo que se ha hecho... Sí, a veces sus labios paracen los de una muchacha. A veces es hermoso sentarse, con los ojos cerrados, al lado de una mujer y oírle hablar y sentir su respiración y saber que aquel cuerpo sería capaz de todos los sufrimientos tan sólo porque ama. La piel morena, como de tierra. La mirada alta. Y las manos son anchas, manos heridas por el trabajo y por el dolor... Tengo que salir, es necesario

que lo haga. Me gustaría estar ahora en un bar y beber; beber hasta que el cuerpo no aguante más y nada pueda ya herirnos. Se puso la chaqueta. Se miró al espejo. Sudaba y hacía frío. No están solamente las manos sucias. Se pasó el pañuelo por la cara. La mujer estaba sentada con la cabeza caída sobre el pecho. No sabía qué decirle, cómo despedirse y caminó erguido, con paso lento.

Antes de cerrar la puerta, la miró. La vió de pie, el pelo suelto y los ojos llenos de tristeza. No. No podía marcharse así, tenía que decir algo, buscar una excusa para su huída:

—Voy a casa y vuelvo luego. Necesito pasear, lo necesito para...

Ella sólo le dijo:

—Cuando salgas, no te olvides de apagar la luz.

Al bajar la escalera sintió la blandura de la alfombra. Es como pasear sobre la yerba, una yerba extraña, roja, como sangre. La luz blanca de la lámpara le hizo entornar los párpados. La apagó y siguió bajando la escalera a oscuras.

Salió a la calle. Debí coger la gabardina, está lloviendo mucho, acaso tenga que guarecerme en un portal. Y siguió caminando. Se sintió ligero, limpio, como recién salido del baño. Ya no le molestaba el sudor. Caminó rápido. No sabía a dónde ir y no le importaba. Junto a una farmacia, había un bar. Entró. En el mostrador un viejo borracho gritaba a quien quisiera oírle:

—Lo que pasa es que no hay justicia. Mientras tenía con que pagar, venga a servirme y a decirme señor, a encenderme los cigarrillos, y ahora, ¿qué? ¿Es que ya no soy señor hasta mañana en que vuelva a tener dinero? Asco de gente...

Pidió un coñac e invitó al viejo. El camarero sirvió las dos copas. El viejo le pasó la mano por la cara.

—Se ve que tiene usted corazón...

LA VENTANA

El pensó en aquella mujer que quedaba lejos, como en un mal sueño. Recordó su pelo largo, la palidez de su piel morena, tibia, como de tierra, en sus labios que a veces sonreían como los de una muchacha.

—Otro coñac, camarero. Sírvale también al viejo.

Miró el reloj. Eran las diez de la noche. Tengo que beber mucho, hasta que no aguante más y no pueda herirme nada.

EL ENCUENTRO

Lo encontró en la calle. Era al anochecer. Salían las niñas de los colegios con sus uniformes azules y las trenzas al viento. No supo por qué se detuvo. Tal vez estaba cansado. Se sentía cansado con mucha frecuencia y no le daba importancia alguna. Los amigos le decían, al verle caminar con la respiración fatigada, con los labios pálidos, que hiciera algo por curarse; pero él prefería aguantar, soportar el cansancio hasta vencerlo o que le venciera para siempre. Porque este cansancio le venía de muchos años, de muchas ilusiones rotas, de muchos fracasos, de no saber qué hacer o qué ruta seguir. Sentía indiferencia por todo; por los hombres y por las cosas, por lo que hacía, o por los días que ya no tenían sentido alguno. Lo sintió a su lado. Caminaba despacio y le seguía. Rozó sus pantalones y le hizo detener. Se agachó y le tocó ligeramente la cabeza con la palma de la mano; tenía el pelo duro y sucio. Siguieron caminando juntos. En la puerta de un bar habían unas mujerucas. Al pasar, le miraron. El bajó la cabeza. No sabía explicárselo, pero se llenó de vergüenza. Me estoy confundiendo —se dijo—. Y siguió, con la mirada perdida en el suelo, que, ahora, con el otoño, se llenaba de hojas secas. Hacía bastante tiempo que paseaba. Hoy había

roto con los amigos. No podía, no debía seguir sopor-
tando tanta mediocridad, tanta charla inútil, tanto ha-
blar de rebeldía y luego sentir el conformismo de una
vida estúpida que les iba llenando el alma de resentimien-
to. Era mejor la soledad: así podría ver en su gran-
deza —y en toda su desdicha también— la vida que se le
iba cada día más. Sí, estaba cansado de todo. No era
ya sólocansancio físico —los ojos apagados por las lectu-
ras nocturnas, la sensación de ir pasando, acabándose
cada día más— no; estaba cansado de la compañía de
los hombres, de soportar su convivencia. Le parecieron
sus pensamientos vacíos de realidad humana, confor-
mados tan sólo por su fracaso, por eludir la culpa que
tenía en parte con los demás. Se detuvo de nuevo y lo
miró otra vez. Lo vio pequeño, con los ojos asustados.
Es un poco como yo, su rebeldía se la había matado la ne-
cesidad de vivir, de comer todos los días. Vivía lejos de
la ciudad, donde comenzaban las barriadas para obre-
ros. La casa era pequeña. Dos habitaciones y un hall-
comedor. Ahora —pensó— estarán jugando los niños en
el corredor. Maribel se habrá puesto el traje de Rosa y
acunará en sus brazos pequeños un muñeco de cartón.
Los ojos le brillarán de alegría y cantará una canción
a media voz. Juanito tendrá en la mano una pistola de
madera e inventará historias de pieles rojas y vaqueros
perseguidos. Luis dormirá hasta el amanecer, ovillado
sobre la cama, con la piel rojiza y el cuerpo sudoroso.
Frente, en las chabolas, Juan llegará borracho. Hoy tam-
poco fué a trabajar. Hoy se tomó descanso. “La vida no
se hizo tan sólo para trabajar —dice—; la vida hay que
vivirla intensamente”. Y por eso se emborracha, porque
no puede justificarse ocho o diez horas de trabajo, con
un jornal mezquino, sin ilusiones, sin poder pensar:
“Cuando sea viejo y los hijos hombres, entonces tendré
mi casa propia y mi pedazo de tierra y no habrá necesi-
dad de que trabaje para otros”. Algún mozalbete ensa-

EL ENCUENTRO

yará aires donjuanescos y palabrería de burdel... Es muy pequeño todavía. Aún no ha sufrido lo suficiente para que los ojos se le llenen de rencor y le tema a los hombres. Tiene la tristeza del niño... No; los niños son distintos. Cuando están tristes es porque les roe la enfermedad el cuerpo, Sí, realmente, se fatigaba. Sintió difícil la respiración; era como si de pronto le apretaran la garganta y una mano de hierro le hundiera el pecho. Se desabrochó la camisa y se quitó la corbata, brillante de colores, pero manchada de grasa. Tendré que mandarla al tinte. Es curioso; me preocupa la corbata y, sin embargo, yo no me atrevo a hacer lo que debo. Si la mando al tinte porque está sucia, yo, que estoy enfermo, y la enfermedad es la suciedad del cuerpo, debo ir al médico. Pero me desagrada la escena. Es la de siempre. Un hombre, vestido de blanco, a quien no he visto hasta ese instante, que pretende descubrir mi vida. ¿Cuándo nació? ¿Qué hizo de niño? ¿Tuvo alguna enfermedad infecciosa? ¿Su padre, de qué murió? ¿Cuándo tuvo por primera vez la sensación de sentirse cansado? Y dirá dogmático: "Usted padece... Si no hace lo que yo le digo no vivirá mucho, créame..." Y es necesario que le crea, es necesario tener fe en curar, una fe profunda... Ahora mis amigos se irán de paseo. Un coche y la carretera es larga. Arboles, unas casas modernas, pretenciosas, con sus tejados rojizos de cuatro aguas, coches que se cruzan, algún hombre que marcha por la calzada, ya de regreso del trabajo, con su hatillo en la mano, y yo sentado entre ellos, yo sintiéndome morir entre ellos; morir de una vida que pretendí distinta, una vida transida, en trance siempre, constantemente ardiendo por algo que la justificara, un ideal, un sentido de misión... Falta de fe, falta de fe. Recuerda que le dijeron esto hace muchos años. El padre había llegado tarde. Eran días de exámenes y tenía que clasificar a sus alumnos. El le esperaba. Tenía que darle la noticia. Sabía que se moles-

JULIO TOVAR

taría, que le insultaría, que le hablaría de sacrificios, de todo lo que se hacía por él...

Sí, lo vió ahora con toda tranquilidad; estaba desamparado, tenía una sensación profunda de abandono, a pesar de la amistad, a pesar de la esposa y de los hijos, a pesar de... Se detuvo. Me sentaré. En la acera, sí, no importa, ¿qué me importa la gente? Estoy cansado, muy cansado. Lo volvió a sentir; ahora se apoyaba en un hombro, rozaba la cabeza en sus mejillas, respiraba, también como él, penosamente. Le hizo una caricia y sintió la lengua tibia y áspera, cariñosa sin embargo, sobre su mano. Frente, en una ventana, había una mujer. Tenía el pelo largo, negro, intensamente negro. Le miró con pena. Sintió que la mirada le envolvía, le buscaba los ojos, quería adentrarse en sus pensamientos. Sacó el paquete de cigarrillos. Antes de encender, se miró las manos. Tenía los dedos manchados de nicotina. En el "Readers" había leído que la nicotina era fatal para los enfermos del pecho y del corazón. Se sonrió por primera vez. Es idiota que yo crea en estas revistas tan poco serias, tan elementales, hechas para otra gente, para otras mentalidades. Sí, hace muchos años. El padre había llegado tarde. Pasó al comedor.

—Miguel, ven un momento, tengo que hablarte.

No quiso sentarse. Sabía lo que el padre iba a decirle, pero esta tarde se equivocó.

—Mira, Miguel, es mejor que dejes de estudiar. ¿Para qué iba a servirte? Me duele mucho; para un padre siempre es esto doloroso, ¿pero qué vamos a hacer? Tú seguirás con tus promesas y, realmente, yo ya no creo en ellas, ya no creo en tí, he perdido la confianza. No digas ahora que te dé una oportunidad, sería inútil; llegas al mundo sin fe, te falta la fe...

Se sintió molesto, incómodo. De pronto vió a su padre como a un enemigo, como alguien que le estaba insultando, y él no podía quedarse allí quieto, oyéndole

EL ENCUENTRO

hablar, sin inmutarse. Tenía que hacer algo, lo que fuera...

—No sigas, papá, será mejor para los dos...

El padre le miró por primera vez. Vió los ojos, los labios, el entrecejo fruncido, las manos nerviosas.

—Sí, es mejor que me calle. Tú tienes madera de...

Abandonó la casa sin pena y se fué a vivir con el tío. El tío era un viejo rechoncho, amanerado, con la voz atiplada, que se las privaba por hacer una frase.

—Siempre, hijo, la incomprensión de los padres. Los padres no saben leer en el corazón de los hijos.

Volvió a mirar a la ventana. La mujer se había marchado y la persiana estaba echada. Se levantó y siguió caminando. Sentía a su lado los pasos suaves del compañero de esta tarde. Es raro, se dijo, uno nunca está solo. Siempre hay algo que nos ata a la tierra; la mirada de una mujer, las hojas sobre el asfalto, un hombre que pasa, un perro fiel que nos sigue, el dolor que nos hace sentir la necesidad de la compañía de alguien... Pasaré antes de que encienda la señal del semáforo. Es curioso el semáforo. Un oculto espíritu, un ingenio mecánico, nos manda: Pase usted, deténgase, dirección prohibida... Y uno lo acepta. Cuando un hombre lo ordena, nos rebelamos; entonces no atendemos a razones ni a ruegos... Si que es curioso. Yo, un hombre, como si fuese una pieza cualquiera, obedezco la señal y paso, o me detengo. Sólo una señal, sólo porque un mecanismo produce una luz interminente... Allí no volvería más. No seguiría todas las tardes, sentado en una misma silla, bebiendo, fumándose un cigarrillo, discutiendo la cuenta... No, era imposible conformarse con tan poco; había que rebelarse contra esa vida de todos los días, desesperanzada y amarga. Recordó unos versos. Le sonaba a algo trasnochado, pero le dolía recordarlos, ¿cómo eran, Señor? Sí, ahora los recordaba. Se los fué diciendo mentalmente: Este vivir provinciano, lento y blando como un tísico...

JULIO TOVAR

Sí, muriendo también cada tarde como mueren los hombres en los hospitales o en los sanatorios, conformándose con su destino, con el miedo de rebelarse... Y luego las palabras que hacen huir de la realidad cuando se ha bebido más de la cuenta y se piensa: Mañana todo cambiará, mañana haré lo que debí hacer siempre, tengo una familia, tengo algo por qué luchar... ¿Y mi destino? ¿Cómo justificar, cómo proyectar mi vida?

Se levantó. Se sentía mejor. El aire del anochecer en este comienzo del otoño, era fresco. Se oía la música de una radio y las voces de los chicos de los periódicos que gritaban: Fracaso de la conferencia de Ginebra... Y todos seguían paseando; aquella conferencia, el destino de tantos hombres, no les interesaba; cada uno se hacía cada vez más pequeño y no sentía otra necesidad que su propia paz... En la terraza de un bar se hablaba de fútbol. Miguel pensó que era igual que su tertulia; cada uno se va anulando con lo que le gusta. La vida es un encierro y queremos salir de ella no viviendo, anulándonos cada día más, evadiéndonos de lo más inmediato... Falta de fe, falta de esperanza; el destino, la vida de un hombre, pendiente tan sólo de una jugada, de un partido entre campeones, de decir o de contar historias más o menos escabrosas... Una señora pasó a su lado. El perro ladró. El perro que había encontrado en la calle era pequeño y tenía las patas cortas y el cuerpo sucio. Lo miró. Alegrarás a los niños, jugarás con ellos, te lavarán cada tarde y, acaso, te pongan un lazo azul y un bozal. Realmente es absurdo que me sigas. Tu destino siempre será igual; tú no tienes voluntad, tú harás lo que te pida, pero te salva tu fidelidad, no eres tú quien elige... Eres fiel al amo. A veces esto es noble y desinteresado, otras... Te pegan y eres fiel, ¿por qué no sigues en la calle? La calle para tí, es tu destino heroico. En casa te atarás a unas costumbres. Te levantarás a las siete, irás a la calle a corretear un poco, jugarás con los niños,

EL ENCUENTRO

te gritará mi mujer y un día, si tienes valor, huirás... Entonces la vecina, una metomentodo, le dirá a mi mujer:

—Todas las bestias son iguales: desagradecidas.

Cuando llegó a la casa los niños estaban ya cenando. El perro no entró al comedor. Se quedó fuera,, junto a la puerta. Miguel dijo:

—He traído un perro que encontré en la calle

—Es el “Vagabundo” de la película, —dijo Maribel.

El “Vagabundo” como si le hubiesen llamado, entró y se echó a los pies de la niña. La mujer dice:

—Habrá que tener cuidado, es necesario darle un buen baño, estos perros vagabundos siempre están llenos de pulgas.

Miguel la miró. Sintió pena de aquella mujer. De tantas ilusiones como habían matado juntos, de una esperanza que ya no tendría un mañana feliz.

Sí, los perros vagabundos están llenos de pulgas...

Iba a salir, cuando la mujer le preguntó:

—¿Es que no cenas?

—Ya merendé con los amigos. Voy a descansar un poco. Mañana tengo mucho trabajo y quiero descansar.

—Siempre ocurre lo mismo. Los niños te esperan y tú...

—Sí, mujer, ya lo se, pero hoy tengo necesidad de descansar...

ÍNDICE

CRÓNICA DE UNA CALLE TRANQUILA	9
LA CALLE Y EL CAMINO	19
CARTA EN UN DIARIO DE MUJER	27
LA NIÑA CHONA	37
CRÓNICA DE UN PATIO DE VECINDAD	45
EL TURNO DE PEDRO	55
LA SOLEDAD VENCIDA	65
NOCHE DE VERANO	73
CON LA LUNA DE AGOSTO	81
MIGUEL, EL TUERTO	89
DON MARQUITOS	99
LA VENTANA	109
EL ENCUENTRO	119

**Este libro se acabó de imprimir en día 30 de Junio de 1960,
en los Talleres de la Imprenta Católica, Plaza Candelaria, 10
Santa Cruz de Tenerife (I. Canarias)**

